

que con el «Vivan los trabajadores» trataba de adular a los mozos de cuerda para que apechugasen por las buenas con aquel mundo inmenso, más pesado que un tren).

El libro de Robida es de 1880, del mismo año en que se inaugura la actual Plaza de Toros, aquella plaza «alta y severa como un convento», al decir de Henri Montherlant, que fué construída ¡en seis meses y medio! sobre las tumbas de un cementerio antiguo.

A los cinco años de inaugurada, y en el año del cólera, el segundo toro —«Arbolario» de nombre— salta al tendido 1, coge a catorce espectadores, sale fuera del edificio y es muerto a tiros por la Benemérita. La corrida siguió. Toreaban Lagartijo y Frascuelo, y como alguien les reprochase por no haber muerto al toro en el tendido, Rafael el cordobés contestó que «no se habían contratado pa torear en una escalera».

La anterior Plaza, la del año 51, que se alzaba en lo que fué después calle de Oriente, tuvo un sangriento historial. Sólo poseo datos referentes a toros de Navarra, pero resulta que en el período de diez años, entre el 57 y el 67, dos Carriquiris y un Díaz dieron muerte en su arena a dos banderilleros y un picador (78).

EL LIBRO APASIONADO Y MINUCIOSO DE COLÁ Y GOITI

Y con esto podría terminar mi trabajo. En los veinte años últimos del siglo no hay extranjeros que completen la estampa de Vitoria. Debemos recurrir a los nativos, porque es ésta la época de las monografías vitorianas de don Ricardo Becerro de Bengoa, de don Ladislao de Velasco y de don José Colá y Goiti.

¡Qué interesante el libro de este último, «La Ciudad de Vitoria»! ¡Qué minuciosidad en las descripciones; qué profusión de datos; qué pasión localista en los elogios! Colá y Goiti es el más esforzado paladín de su ciudad natal, y su obra abunda en aseveraciones tan categóricas como éstas:

«Ninguna capital de provincia puede vanagloriarse de poseer mejor Hospital que nuestra ciudad». «Difícilmente habrá en España alrededores tan bellísimos como los de la Llanada, en cuyo centro se levanta Vitoria». «A excepción casi del cementerio parisién del Padre Lachaise, ningún otro puede competir en

belleza con el nuestro» (¡Ni el famoso de Génova!).

Hay que oírle ponderando las excelencias del Hospital, cuyas camas de hierro «parecen, más que camas de un Hospital, dormitorio de un colegio ocupado por aristocráticos pensionistas» (79).

79

Después de consignar que este benéfico establecimiento, capaz para 300 enfermos, estaba atendido por cuatro médicos y catorce Hermanas de la Caridad, nos descubre un detalle interesante. Interesante en el aspecto clínico y, lo que es más extraño, en el jurídico. Dice que en el segundo piso del edificio hay un departamento con veinte camas, destinado a Casa de Maternidad, el cual se encuentra «en la más rigurosa y absoluta incomunicación con el resto del Hospital, no sólo en cuanto al local, sino en lo referente a las personas, sin excluir a los médicos, cuya visita reciben las pacientes cubriéndose el rostro con tupido velo».

La precaución es exquisita; tiene resabio de clausura monjil. Y tiene, a más de su curiosidad clínica, un interés jurídico, porque ella nos demuestra que si en España, según el Código civil del 89, está prohibida la investigación de la paternidad, en Vitoria, mucho antes, estaba prohibida la «investigación de la maternidad», incluso a los facultativos. Dato que brindo a los historiadores del Derecho foral alavés.

Hablando luego del Hospicio, Colá explica que el torno tiene un blando colchón de gamuza y un ingenioso aparato de timbre eléctrico que suena con la presión de una libra, de manera que mientras el expósito permanece depositado en el colchón, sigue sonando la señal de aviso (80).

Y al describir las celdas de la cárcel (la primera prisión del sistema celular establecida en nuestra Patria) este hombre detallista nos entera de que «el tablero de la cama puede servir de mesa, y cerrándolo queda convertido en pizarra mural para ejercicios aritméticos y ensayos de escritura». Con lo cual —digo yo— los reclusos pueden sacar, a cualquier hora, la cuenta de los años, meses y días de condena que les queda por extinguir.

Nos informa también de que en la sacristía de la Catedral hay un anteojos, gracias al cual los visitantes de la torre pueden examinar con toda comodidad los 44 pueblos desparramados por la Llanada. (Más de 150 se veían en 1802, según el Diccionario de la Academia de la Historia) (81).

80

81

LA ACUARELA DE DON RICARDO A LOS JARDINES DE LA FLORIDA

En el año 1885, don Antonio Pirala, autor del tomo correspondiente a Alava de la colección «España. — Sus monumentos y artes», transcribirá, al hablar de los jardines de la Florida, los elogios, llenos de barroquismo castelarino, del simpático vitoriano don Ricardo Becerro de Bengoa.

El cual, después de describir con encendidas tintas el aspecto animado de los jardines en las tardes de los domingos, cuando las gentes bailan al son del tamboril y de la música del Regimiento ante las estatuas de Ataulfo y de Liuva, mientras entre ambos bailes gira la noria del paseo popular, y paralelamente, en la alameda, el de las clases elegantes, termina su acuarela literaria con esta parrafada, empedrada de «cuandos» y de epítetos :

«Así es que en la última hora del día «cuando» el crepúsculo empieza y los rayos del sol desde Bedoya vienen a dorar las altas puntas de los chopos y las frondosas cimas de los olmos, de los platanoides y de los castaños ;

«cuando» las tres filas de los paseos, cuajadas de hermosas jóvenes, de elegantes damas y de todo un pueblo risueño y animado, van y vienen entre los jardines y las arboledas, cuyos asientos ocupan alegres grupos; «cuando» los ecos de la música pueblan el espacio, y el confuso murmullo lo inunda también; «cuando» un precioso mundo de elegantes y hermosos niños baila en lo alto, en mano de sus ayas, formando vistosísimo contraste con el fondo de la verde y nutrida vegetación de las alamedas; «cuando» aquel cuadro se ofrece lleno de vida y de encanto, compréndese por qué las bellezas de la Florida no se olvidan, sino que quedan agradablemente grabadas en la memoria de cuantos han contemplado este paseo, cuyas flores forman una maravillosa alfombra puesta a los pies de la ciudad, y perfuman con sus aromas aquel puro ambiente del que son fragante, vistoso y riquísimo pebetero».

El período es tan largo y de un estilo tan oratorio, que siente uno la tentación de rematarlo con aquello de «Ovación estruendosa que impide oír las últimas palabras del orador» (82).



ADIOS AL SIGLO XIX. VITORIA SIGUE SIENDO Y NO HA PERDIDO LA CABEZA

Y con esto ¿con qué mejor? podemos despedirnos del siglo XIX. El «Baedéker» de 1900 nos dirá que Vitoria cuenta con 30.500 habitantes; que en la fonda de Quintanilla la pensión diaria cuesta de 6'50 a 9 pesetas; que hay dos Cafés: el Suizo y el Universal, cuyos nombres pretenden mantener el cosmopolitismo de Vitoria; y que en el muro externo de la iglesia de San Miguel se conserva el «machete vitoriano», sobre el que el Síndico general juraba antes de entrar en funciones: «Que me corten la cabeza con este machete si no defiendo los fueros del país».

El siglo XIX quedó atrás. Hoy es ya historia de la ciudad todo lo que dijeron en sus libros los viajeros que pasaron por ella.

A través de sus múltiples testimonios, una cosa resulta evidente: la que dije al principio: Vitoria fué desde finales del XVIII a finales del XIX la ciudad vanguardista (83) y civilizada por excelencia, la población llena de dis-

tinción y encanto, orgullo de la tierra española (84).

Si, al estilo literario del siglo último, tratase yo de personificar a Vitoria, la pintaría como una dama de óvalo seductor, que, con mantilla y a la última moda, está bordando en un alto balcón saledizo sobre el camino real, y sólo oye requiebros y piropos de los que pasan, de camino, ante ella. Tal fué la capital de Alava en el siglo romántico.

¿Y en el actual? ¿Es que Vitoria fué y ya no es? —podrá decir alguno, adivinando a través de estos testimonios un ocaso de la ciudad desde la época romántica hasta el presente. Y yo digo: Vitoria sigue siendo. Y si alguna capital española sigue siendo lo que fué, esa es Vitoria.

Metida en el fanal resplandeciente de sus miradores como en un relicario, íntima y translúcida al mismo tiempo, el alma en flor de la Vitoria ochocentista sigue exhalando su leve aroma delicioso y antiguo.

«Llega a ser lo que eres», dice Píndaro. Esto es: mantén tu propia personalidad a través de toda vicisitud. Y Vitoria, en el siglo actual, siglo de crecimientos y mutaciones, tuvo la suerte o la virtud de mantenerse fiel a sí misma, de conservar su viejo espíritu, sin bastardías ni mezcolanzas.

El tópico de que Vitoria ha sido el pueblo donde más abundaban los señores con barba,

es todo un signo de este su culto por lo tradicional y de ese su difícil señorío.

A contrapelo de nuestra época, Vitoria ha conservado una elegancia espiritual, un tono de mesura aristocrática y de amable ecuanimidad que no se encuentra en otras capitales.

Otras capitales han crecido en lo material desmesuradamente, pero han perdido su personalidad, su gracia íntima. Han vendido su alma al demonio del crecimiento y de la expansión. Son ciudades que se parecen todas; iguales a otras muchas, pero que no se reconocen a sí mismas. Un aluvión de gente extraña ha disuelto en lo gris el colorido que tenía la urbe cuando era la mitad o la tercera parte que hoy. Los ciudadanos de solera se sienten desplazados, y añoran el sabor y el casticismo de la ciudad antigua.

Tal ocurre en el San Sebastián «koshkero», absorbido por el San Sebastián de la Regencia, por el del otro lado del Boulevard. Y en el Bilbao de las Siete Calles, arrumbado por el Bilbao farruco y ostentoso del otro lado de la ría. Y en la Pamplona del «casco viejo» frente a la Pamplona del Nuevo Ensanche. Y en Burgos, y en León, y en tantos pueblos españoles.

Igual que en las personas, el alma de las viejas ciudades se amolda al cuerpo. Cuando éste crece desaforada, súbitamente, lo espiritual se diluye y acaba por perderse.

En todo es necesaria la mesura, y Vitoria

no perdió la cabeza. Sigue fiel al carácter aristócrata y culto, gentil y acogedor que tenía a lo largo del siglo XIX y que la hizo tan grata a todos los viajeros.

¡Ojalá que los buenos vitorianos de hoy acierten a exaltar el tono amable de su pueblo y el hechizo de su antigua fragancia!

NOTAS

VITORIA Y LOS VIAJEROS DEL SIGLO ROMANTICO

NOTAS

LA VITORIA MEDIEVAL

(1) Refiriéndose a la fundación y crecimiento de Vitoria, dice Julio Caro Baroja en su último libro «Los Vascos» (San Sebastián, 1949) :

«Sobre un lugarcillo poco importante, el de «Gazteiz», fundó Sancho el Sabio de Navarra una población que ha llegado a ser capital de Alava : Vitoria. Su planta, ampliada y reajustada del siglo XII en adelante, se componía a principios del siguiente de tres calles, que iban próximamente desde la parroquia de Santa María hasta la de San Vicente. Pero Alfonso VIII la aumentó con tres calles más que daban al poniente y se llamaron : de «la Correría», «Zapatería» y «Herrería». Más afuera quedaban las «Cercas altas», que han dado nombre a una cuarta calle, y, aun después, las «Cercas bajas». En 1256, Alfonso X hizo construir otras tres calles por la parte oriental, dedicadas, asimismo, a determinados oficios : fueron éstas la de «la Cuchillería», la de «Pintorería» y la de «la Judería», llamada, después de la expulsión de los judíos, «Calle nueva de dentro», para distinguirla de la «Calle nueva de afuera». Quedó, pues, así, durante muchos años la villa con sus murallas. En dirección N. se salía de ella

franqueando el portal del Arriaga o de Bilbao ; al N.E. se hallaba el portal de Francia ; al S.E. el del rey, o de Navarra ; y al S.W. el de Castilla. Fue-
ra de las murallas quedaban las «Tenerías», y junto a ellas el lugar donde trabajaban los sogueros. Las calles transversales o «cantones» daban a otros tan-
tos portales dedicados a santos en su mayoría.

En el siglo XV Vitoria contaba con 2.000 casas y varios arrabales, en el extrarradio de las mura-
llas, distinguiéndose en las ordenanzas de 1487 el «rabal» propiamente dicho, que estaba en el «fon-
dón» del mercado, el «cote» y las «redovas».

DIFERENCIA ENTRE VASCOS Y ESPAÑOLES SEGUN HUBER

(2) En el año 1830, el escritor alemán Víctor Aimé Huber, buen conocedor de lo español, critica en su libro *Skizzen aus Spanien* la visión deformada, superficial y falsa con que suelen ver a nuestro país los autores extranjeros, particularmente los ingleses. Dice así :

«Muchos autores de viajes han visto también a España con los ojos cerrados. Sin tomarse el traba-
jo de profundizar nada, han escrito bajo la influen-
cia de sus prevenciones, han bosquejado el todo con los recuerdos de los relatos de sus predeceso-
res, y han venido a ofrecernos su trabajo como un examen concienzudo del estado de España.

...Según la opinión más generalizada, los espa-
ñoles tienen la tez morena, sombrío el aspecto de
la cara, negros los ojos y los cabellos, llevando
sombbrero de anchas alas, redecillas, anchas capas
pardas, y siendo perezosos, sucios, harapientos, sin
industria. Este retrato puede, en efecto, convenir a ciertas provincias, pero en otras, como por ejem-

plo en las provincias vascas, en vano se buscaría nada parecido.

Los vascos españoles son más bien rubios que negros; no llevan sombreros de anchas alas ni largas capas pardas, ni cabellos en redecillas; son atractivos, alegres, la mayoría con bienestar, y constituyen sin contradicción una de las poblaciones más industriosas del mundo.

Esto no impide que los nueve décimos de los viajeros, en cuanto han pasado el Bidasoa y tocado en Irún el suelo de España, se confundan en observaciones acerca de la fisonomía sombría, los ojos negros, las redecillas, los grandes sombreros, las largas capas y la pereza de los españoles. Sin embargo, nada de todo eso se ha presentado a sus ojos; pero por el solo hecho de que esperaban verlo, lo ven en efecto».

EL PAISAJE VASCO VISTO POR HUMBOLDT

(3) Guillermo de Humboldt describe así el paisaje vasco :

«Valles y montes se combinan aquí más agradablemente y se entrecruzan como en ninguna otra tierra. A cada momento cambia la escena; casi por todas partes está la vista cerrada; nuestros ojos sólo divisan pequeñas partidas, pero siempre pintorescamente limitadas».

El insigne escritor alemán sigue describiendo con entusiasmo los cursos de los ríos, las cumbres, rara vez calvas, las heredades cercadas con setos vivos, las praderas verdes, los bosques de robles y encinas, etc.

Echa de menos las vides pesadamente colgantes de orillas del Garona, «pero —añade— el vigoroso crecimiento de los árboles, el follaje denso, rizado, impenetrable a la mirada, la igualmente

fuerte subida de la yerba y del sembrado poseen una varonil hermosura, adecuada al carácter de una región montañosa».

(Cita de Fausto Arocena en su libro «El País Vasco visto desde fuera». San Sebastián, 1949).

*LA NAVAJA EN LA LIGA, TOPICO
MEDITERRANEO*

(4) En una polémica que sostuvieron durante la primera Guerra Mundial (1915) Rodríguez Marín y Morel Fatio a propósito de «la navaja en la liga», este último escritor admitía que los franceses habían creado el tópico, pero adujo también su presencia en textos españoles.

Morel Fatio inculpaba a Sebastián Blaze de haberlo difundido. Efectivamente, Blaze, en sus *Memoires d'un apothicaire* (1808-1814) escribe: «Las damas llevaban antaño puñalicos en el seno o en la liga, uso que se va perdiendo de día en día». Y hablando de una sevillana a la que enamoró, dice que llevaba una pequeña daga con puño de nácar «que se proponía hundirme en el corazón si le era infiel».

Pero —según Morel Fatio— lo de la navaja en la liga aparecía en textos españoles, v. gr. en José María Blanco White, que en su libro *Lettres from Spain by Leocadio Doblado* (Londres, 1822) atribuía dicho uso a las majas de los barrios madrileños del Avapiés y de Maravillas.

Anteriormente a Blaze y en el año 1808, Laborde, en su *Itineraire*, habla de la navaja en la liga. Y aluden a lo mismo diversos autores franceses, como Mérimée, Edouard de Nangis, Alfred de Vigny, Dumas, Desbarolles, Tanski, etc.

He encontrado también alusiones en el alemán

Schwarzenberg y en el italiano Dembowski, que en su libro «*Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil 1838-1840*» dice (tomo I, carta de 37 de Marzo de 1838): «Buen número de ellas (de las manolas de Madrid) llevan todavía la navaja en la liga de la pierna derecha, o en una faltriquera oculta bajo la falda y que sirve también para llevar el dinero».

Años después de su polémica con Rodríguez Martín y en el año 1821, Morel Fatio publicó en la *Revue de Littérature Comparée* un artículo titulado «*El puñal en la liga*». Aduce en él textos italianos o referentes a mujeres italianas; dice que fueron los soldados de Napoleón los que difundieron la especie; cita libros donde aparece el tópico, y termina afirmando que lo del puñal en la liga es común a los países mediterráneos, y que los soldados del Emperador no hicieron sino extender a todas las españolas lo que ya sólo era usado por las majas.

DON ANTONIO PONZ Y LOS PASEOS DE VITORIA

(5) Don Antonio Ponz, Secretario de la Real Academia de San Fernando, habla de Vitoria en su obra *Viaje fuera de España*, tomo 1.º, Madrid, 1785.

Ponz visitó Vitoria en 1783. Viene de Burgos, por el paso de Pancorbo, y consigna en su libro que al entrar en la provincia de Alava «todo muda de semblante: los caminos y posadas tienen comodidad; los caseríos y pueblecitos alegran el paisaje de la Llanada, al centro de la cual alza Vitoria las torres de sus iglesias, grandes y sólidas».

Vitoria cuenta con 1.200 vecinos, «para cuyo desahogo y recreo hay buenos paseos alrededor, y señaladamente el que está enfrente de la iglesia de los Descalzos de San Francisco».

«Los vecinos de Vitoria —añade— no se han descuidado en imitar este importante ramo de policía introducido en Francia y en otros reinos».

Y explica Ponz: «Sirven estos recintos inmediatos a la población (de que debían estar provistas todas las grandes y medianas de España) primamente, para su adorno y hermosura; en segundo lugar, para que la frondosidad de los árboles absorba las malas cualidades de la atmósfera; contribuyen a la mayor unión, sociedad y trato de los vecinos que allí se juntan, particularmente los días festivos; acuden también las madres con sus tiernos hijos, y permitiéndoles solazarse a sus anchuras, adquiere un nuevo vigor y fuerza la naturaleza en aquella tierna edad».

Hablando del retablo de la parroquia de San Miguel, informa don Antonio que la escultura del mismo la hizo en Valladolid el célebre Gregorio Hernández, y que el arquitecto fué Diego de Velázquez, ambos vecinos de la ciudad del Pisuerga. Cuando los dos artistas fueron a colocar la obra, la parroquia, según consta en una escritura, les gratificó con *«ochocientas nueces moscadas alcorzadas, que tuvieron de coste 210 reales»*.

Como puede observarse, el pago de la gratificación se hizo *en especie y en especias*.

Consigna nuestro viajero que en la capilla del Noviciado había tres cuadros de Ribera.

Alaba mucho a los caballeros y personas acomodadas de Vitoria, por su buena unión, celo y armonía en promover la felicidad pública, y especialmente a la Sociedad Vascongada de Amigos del País y a la escuela de dibujo, patrocinada por ella.

Se estaba edificando la Plaza Nueva y acababa de establecerse una Junta de Policía «que podría servir de norma a otras ciudades en cuanto a limpieza y urbanización; iluminación de las calles por la noche, y por haber quitado de las mismas las

rejas que sobresalían de las paredes y otros estorbos».

«A corta distancia de Vitoria —dice Ponz— hay una increíble porción de lugares —ciento sesenta y ocho— la mayor parte de los cuales se descubren desde la torre de Santa María».

DATOS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

(6) El *Diccionario geográfico-histórico de España*, publicado por la Real Academia de Historia en el año 1802, dice que Vitoria fué la antigua *Vélica*, bajo cuyas murallas se dió la célebre batalla entre romanos y cántabros, como refieren Lucio Floro y Paulo Orosio.

Según esta obra, Vitoria contaba 6.500 almas, y acababan de iluminar las calles y de quitar las rejas que sobresalían de las paredes.

«La ciudad —añade— está rodeada de huertas. Antiguamente había viñas y árboles frutales (higueras, melocotoneros) y crecía el laurel, pero su cultivo se abandonó, sin duda, a causa de la frialdad del clima. Los calores ni son excesivos ni permanentes; las exhalaciones y vapores que se levantan de las aguas cristalinas y corrientes en la llanura, detenidos por la elevación de los montes, causan nieblas frecuentes, especialmente por las mañanas».

Este último párrafo aparece transscrito en el Diccionario de Miñano del año 1828.

DIVERSOS TESTIMONIOS EXTRANJEROS SOBRE EL PAISAJE DE LA LLANADA

(7) He aquí algunos testimonios que he recogido, referentes al paisaje que rodea a Vitoria :

Andrea Navaggiero, embajador de la República veneciana cerca de nuestro emperador Carlos V, que recorrió España en 1528, consigna en el libro de su «Viaje» que en torno a Vitoria «había tantos lugarezos, aldeas y caseríos como días tiene el año»; lo que indica la mucha población de tan bella comarca.

Navaggiero quedó agradablemente sorprendido de los bosques de encina que cubrían los montes en torno a la ciudad; montes comunes, donde se cortaba la leña por todos los vecinos y en un mismo día, con tal cuidado, que más parecían naranjos cultivados en un jardín, «lo cual, además de ser útil, hace que el país sea bellísimo y no parezca lleno de bosques, sino de jardines».

Un siglo más tarde, el francés Antoine Brunel (compañero de viaje del joven holandés Aerssen van Sommerdyck) escribe en su *Voyage d'Espagne en 1655*:

«Al aproximarnos a Vitoria, que es la primera ciudad de Castilla (!), atravesamos la más hermosa llanura y la mejor cultivada que hemos visto. Vitoria está situada al extremo de ella y, por lo que vimos, es una pequeña población bastante bonita (*est une assez jolie villette*)».

En el libro italiano *Descrizione o de pòrica della Spagna... di Don Antonio Conca, Socio delle Reali Accademie fiorentina e de Georgofili* (Parma, 1793, tomo 1.º) el autor, admirado de la privilegiada situación de Vitoria, «asentada en una colina, desde la que se divisa una «bella, verdegueante y poblada llanura», exclama:

«¿Puede imaginarse un espectáculo más agradable a los ojos de un reflexivo viajero? ¡Qué diferencia entre el aspecto de este alegre y animado país y el que presentan algunas comarcas de la vecina Castilla!»

El paisaje de la Llanada alavesa, que ha fascinado siempre a los extranjeros, fué dibujado y des-

crito por Henri Wilkinson, un cirujano perteneciente al Estado Mayor de la Legión Británica que peleaba contra los carlistas en la primera guerra civil.

El dibujo aparece publicado en la obra «*Croquis de paisajes en las Provincias Vascas de España*» (Londres, 1838) y fué tomado —según dice el autor— el 16 de Enero de 1836 desde el castillo de Guevara y durante la acción de Arlabán. (El diseño lo hizo Mr. P. Noble; lo dibujó Wilkinson, que lo firma; lo litografió Boys y lo imprimió Hullmandel).

Es un grabado muy convencional de la Llanada a cuyo fondo se ve una ciudad blanca que *quiere ser* Vitoria, y unos montes muy altos cerrando el horizonte. En primer término aparecen unos soldados.

Wilkinson lo explica así:

«La abertura en las montañas indica la entrada del hermoso paso de La Puebla y se ven débilmente a distancia los fragosos y dentellados lomos de las alturas de Pancorbo. Vitoria está situada casi en el centro de una inmensa llanura rodeada por un anfiteatro de montes de la más exquisita belleza. Un número considerable de aldeas la rodean por todos los lados a cortas distancias de tres o cuatro millas una de otra, contando cada villorrio, según costumbre de los más insignificantes burgos de España, una ancha y espléndida iglesia. En tiempo de nuestra llegada los aldeanos se hallaban en estado de extrema privación y pobreza.»

Pasa a describir las casas de las aldeas de la Llanura vitoriana, y alude a la fiebre que se desató en Vitoria y que tantas bajas causó entre los soldados de la Legión británica.

«*Croquis de paisajes en las Provincias Vascas de España* por Henry Wilkinson». Traducción de Martín de Anguiozar. RIEV. tomo XIX núm. 2 Abril-Junio 1928.»

Por los años 1839 a 1841 viajó por España en excursión científica el sabio alemán Knust, a quien

acompañaba Otto von Clermont. Knust le escribe a su madre desde Fuenterrabía :

«*Das Land bei Victoria ist romantisch, reizen, vorzüglich wenn man es zu Fuss durchwandern könnte...*»

(El paisaje por Vitoria es romántico, encantador, especialmente si uno pudiera recorrerlo a pie).

Figura esta carta en un libro de título enrevesado publicado en Hannover el año 1843. El libro se llama *Handschriftenverzaeichniss* y lo cita Farinelli en su obra «Viajes por España y Portugal. Suplemento al volumen de las Divagaciones Bibliográficas». Madrid, 1930.

Saint Víctor, que recorrió la Península (entrando por Port-Bou y saliendo por Irún) dice en su libro *Espagne-Souvenirs et impressions de voyage* (París, 1889) :

«Vitoria es una de las más bonitas ciudades de España. Podemos juzgarla como pasajeros, porque la vía (del ferrocarril) la rodea. Su situación es arrobadora (*ravissante*). El paisaje aparece cubierto de verdor y empapado de frescura».

A fines del siglo XVIII, el viajero alemán M. Link había anotado la abundancia del espliego en los campos de la Llanada :

«Hacia Vitoria, ciudad situada en alto y donde el suelo presenta una verdadera plataforma, la vegetación difiere mucho de la de las montañas ; el espliego es allí muy común, así como otras muchas plantas de Castilla».

Voyage en Portugal depuis 1797 jusqu'en 1799 par M. Link. Tomo 1.º, París, 1803).

L A S C A L L E S D E V I T O R I A

(8) El libro a que aludo lo vi en la biblioteca de don Julio de Urquijo, y se titula *Les delices de L'Es-*

pagne et du Portugal. Es anónimo, y aparece ilustrado con dibujos de don Juan Alvarez de Colmenar. Figura impreso en *Leide, chez Pierre Vander*, en el año 1707, y en el tomo primero, página 94, dice, hablando de Vitoria :

«Lo que hace agradable a esta ciudad son los hermosos árboles de que están bordeadas las grandes calles, a fin de que el calor no les moleste, o a fin de mantener arroyuelos de agua saltarina, que por su agradable frescor los defiende contra el ardor del sol».

No todas las calles de Vitoria gozaban de estos árboles y de estos arroyuelos. Las de la parte alta o vieja es de suponer seguirían en el estado de estrechez e incomodidad en que lo estaban antiguamente.

Gregorio de Altube, en su libro «Vitoria... o así» cita el testimonio del escritor Diego de Salvatierra, que en su obra «Gobierno y República de Vitoria» dice que las calles de la ciudad eran «de andenes harto pegados a las casas que no podían andar por ellas si no es como grullas, ni había paso de las unas ceras a las otras sino por pequeñas estradas y escalones».

Y copia las palabras de Fray Juan de Victoria, para quien las calles de la capital de Alava «estaban como las de Barcelona, que junto a las casas de una parte y otra tenían vallado, y en medio, zanja ; de manera que la calle era acequia o zanja, y las lindes eran como vallados, de suerte, que si cavallería había de andar, no podía llegar a las puertas, sopena de ser lanzada al paso de la calle, y el enemigo que iba junto a las casas, corría el mismo riesgo».

LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL PAÍS

(9) La Sociedad Vascongada de Amigos del País la creó el Conde de Peñaflorida en 1764, y el 13 de

Abril de dicho año se celebraron en Vitoria los primeros exámenes de dibujo y agricultura, y un concurso para dos premios: uno de mil reales para el que demostrase qué clase de fuelles de ferrería eran mejores: si los de cuero, los de tabla o las trompas o ayacazas. El segundo premio se instituyó para el que diese el modo más barato de trillar el trigo.

*LALAING. LOS OBISPOS DE VASCONIA
EL TOCADO DE LAS VASCONGADAS*

(10) Antonio de Lalaing, señor de Montigny, vino a España en Enero de 1501, acompañando a Don Felipe el Hermoso de Borgoña, heredero presunto de la corona imperial, cuando se concertó la boda de éste con Doña Juana, la hija de los Reyes Católicos.

La comitiva llegó a Vitoria el viernes 4 de Febrero, y los viajeros descansaron sábado y domingo. El señor de Montigny se confiesa maravillado ante el festín con que en Vitoria les obsequió el Condestable, y principalmente por la labor de un escudero que trinchaba las carnes en una mesa próxima a la del banquete, llevando a cada uno de los comensales su ración, por dos y tres veces, en una escudilla de plata, durante una comida que duró tres horas.

Advierte la esterilidad de los montes cercanos a Vitoria, cuyos habitantes van a buscar sus vituallas a los puertos de la costa con asnos y mulos. Hablando en general del País Vasco, dice que «la costumbre es que no tengan obispo en su país y no lo quieren tener; si se les pusiera lo matarían; están sujetos no más que al Papa y a sus curas, que responden solamente ante el Papa».

Comentando esto, dice Fausto Arocena en su reciente libro «El País Vasco visto desde fuera»:

«Oyó algo de la resistencia de los vizcaínos a las extralimitaciones de ciertos prelados foráneos, y dedujo una conclusión tan absoluta que resulta completamente divorciada de la realidad».

Llama su atención la hermosura de las damas vascongadas, las cuales llevaban, en vez de bonetes, una especie de turbante con muchas vueltas de tela. Las muchachas llevaban el cabello cortado, no pudiendo llevar bonete las solteras. Las casadas llevaban los bonetes cubiertos de bordados de oro y sedas.

Más adelante, advierte la gran variedad de vestidos que usan las vascongadas, y dice que el País Vasco y Asturias eran los lugares más caros de España.

(Datos del libro de Gárate «Extranjeros en Vascónia», quien a su vez los toma de «El Diario Vasco» de San Sebastián y del libro de García Mercadal «España vista por los extranjeros»).

Respecto al peinado de las solteras, años después que el Señor de Montigny y en 1528, el embajador de la República de Venecia, Andrea Navaggiero, consigna :

«Van las mozas en esta tierra hasta que se casan con el pelo rapado, dejando sólo para adorno algunos mechones, y la misma costumbre hay en Vizcaya y en Guipúzcoa».

¡Pobres mozas! ¡Y que estuviesen guapas con la cabeza calva!

Pues debían de estarlo, porque la moda duró varias centurias, y en el libro *Theatrum Orbis terrarum* de Abraham Ortelius, impreso en Amberes el año 1603, se ve un grabado titulado «Villano y Villanas biscaínas yendo al mercado en Vitoria-Donsellas biscaínas y gasconas», donde figuran unas damas con enormes turbantes ligeramente corniformes, y dos doncellas con un círculo de mechones cortos y espeluznados, que parecen dos endemoniadas de Signorelli. Y eso que no se les ve la calva,

porque llevan, sobre el cogote, la una un gran cesto y la otra una vasija de metal.

El que nos da la clave de esta moda y de su higiénica finalidad es el maestro Gonzalo de Correas, que en su «Vocabulario de refranes» del primer tercio del XVII, al explicar el dicho popular: *Moza es Marina mientras se trasquila*, escribe:

«Las muchachas, por la limpieza, andan tresquiladas con cabello corto hasta que se saben tocar y peinar; en la Rioja, Alava y aquellas comarcas, las mozas andan rapadas a navaja y no crían cabello ni se tocan hasta que se casan; sólo dejan una delgada orilla de oreja a oreja por la frente».

El canónigo roncalés Pérez Necochea, en su libro «El asno ilustrado» (1837) afirma que de esta costumbre de cortarse el cabello las solteras proviene el nombre *motza*, que tiene la doble significación de moza y de mocha, pelada o pelona.

VENTURINO, LAS BELLAS VITORIANAS Y EL VASCUENCE

(11) El eclesiástico italiano Venturino había acompañado en el año 1571 al legado papal Michele Bonello (cardenal Alessandrino) y al patriarca de Alejandría Alessandro Riario, los cuales, en unión de dos obispos y varios eclesiásticos, habían ido por Avignon y Barcelona a las Cortes de España y Portugal, con motivo de la boda del rey Sebastián de Portugal con Margarita, hija de Henri III, y llevados a la vez del deseo de concertar una liga contra el Gran Turco (a quien ese mismo año se venció en Lepanto).

A la vuelta, Venturino, acompañando al Patriarca, pasó por Vitoria el día 19 de Enero de 1572. (El Legado había pasado nueve días antes).

El Patriarca y sus acompañantes almorcizaron en

la capital de Alava, «una ciudad célebre que radica en el obispado de Calahorra. La ciudad tiene 10.000 fogueras (!) y está edificada en un alto y en sentido longitudinal; *es hermosa, activa, limpia, y las calles están adoquinadas*». Habla de una iglesia colegiata, de la plaza del mercado situada a la entrada, del hermoso hospital que allá cerca se encuentra, y del muy hermoso arsenal provisto ricamente de armaduras de la villa de Placencia, situada a ocho leguas, así como de Vizcaya, y *alaba la belleza de sus mujeres, cuya tez no se marchita como en otros lugares de España*. (No palidece, dice otra traducción).

«Es la capital de Alava; *la gente del pueblo en ella habla vizcaíno* o, como nosotros decimos, vasco, que es una lengua extremadamente difícil de aprender; sin embargo, *la gente distinguida habla castellano neto*».

En la iglesia de Santa María se halla una cruz de plata, casi tan grande como un hombre, muy bien trabajada, y también una muy venerada talla en madera de la Virgen María.

«En esta ciudad tuvimos que declarar todos los paquetes y caballos y dejarlos revisar, pues es la última ciudad de España hacia ese lado, y obtuvimos el permiso para pasar, tras el pago de 20 reales».

El 20 de Enero salieron de Vitoria en dirección a Irún y Francia.

Más adelante dice que «Alava tiene exceso de trigo y hierro, pero carece de vino (?) y madera».

El Padre G. Schurhammer extracta el viaje por Vasconia de Venturini en la «Revista de Estudios Vascos» de 1926, pág. 281 y siguientes. (Datos del libro de Justo Gárate «Viajeros extranjeros en Vasconia»).

*EL VIAJE DE LA AULNOY. LOS CARNAVALES
LA FUNCION DE TEATRO*

(12) La Baronesa de Aulnoy permaneció cuatro días en Vitoria, retenida por el temporal borrascoso.

Sabemos hoy, gracias al libro «Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la Condesa d'Aulnoy» del Duque de Maura y Agustín González Amezúa, que esta ilustre viajera, autora del famosísimo «Viaje», donde describe la España de Carlos II el Hechizado, llegó a Vitoria en Carnaval. Los autores citados escriben:

«Aunque la extranjera no lo diga (quizá porque no llegó a saberlo) había sorprendido a la de ordinario modosísima y hasta monjil capital alavesa en plena fiebre de Carnestolendas».

Así se explica que cuando nuestra viajera se encontraba contemplando la plaza principal —que, según ella, tenía en el centro una hermosa fuente, y en derredor la Casa de la Villa, la cárcel, dos conventos y muchas casas bien construidas— irrumpieran en ella cuatro cuadrillas de jóvenes —más de doscientos en total— precedidas de tambores y trompetas, y, tras de realizar algunos movimientos militares, estuvieran largo rato apedreándose sañudamente con bolas de nieve, entre la gritería del pueblo.

Sabemos, también, gracias al ya citado libro de Maura y Amezúa, que la función que la Aulnoy vió representar en el, llamémosle, teatro de Vitoria fué «La vida de San Antón Abad» de don Fernando de Zárate.

La función se celebró de día, como todas las de aquel tiempo en que aún no se habían introducido las candilejas. Las ventanas del local —dice la Baronesa— estaban abiertas de par en par. El escenario lo componían unos tablones mal unidos, apoyados sobre unos toneles.

La gente decía *¡mira! ¡mira!*, y celebraba las escenas más de su gusto con gritos de *¡vitor! ¡vitor!*

Las cómicas —dice la Aulnoy— eran en su mayoría ridículas. El diablo sólo se distinguía de los demás actores en llevar medias coloradas y dos cuernos en la frente. En los intermedios se representaron bailes (al compás de arpas y guitarras) y sainetes. Las cómicas danzaban tocadas con un sombrerillo y tocando las castañuelas. Movían mucho los brazos, y en la zarabanda corrían velozmente. Añade la Baronesa un detalle que parece hiperbólico y que quizás no lo sea. Dice que cuando en el curso del drama religioso, San Antón rezaba un *confiteor* (y lo hacía con mucha frecuencia) los espectadores se arrodillaban, acompañando los *mea culpa* con tan fuertes golpes, que bastarían para hundir el pecho.

Según esta escritora, la llanura que cruzó al acercarse a Vitoria era muy agradable. La ciudad, con su doble cerco de murallas, le agradó también.

Como tantos y tantos viajeros, la Baronesa trina contra los aduaneros:

«Aunque llevo un pasaporte firmado por el Rey de España y extendido en amplia forma, me obligan a tomar una cédula en las Aduanas, porque sin este requisito me confiscarían los equipajes.

—¿De qué me vale, pues, el pasaporte del Rey?

—De nada —responden ellos. Y añaden que para tener valor la firma del Rey sería indispensable que el Rey mismo fuese a confirmar de palabra que había suscrito aquel documento.

Es inútil excusarse, alegando que un extranjero desconoce las costumbres del país; los empleados contestan secamente que de la ignorancia de los extranjeros se aprovechan los españoles».

¡A fe que eran cerriles los aduaneros de Vitoria!

*MAS TESTIMONIOS SOBRE VITORIA
LAS DANZAS VASCAS*

(13) A fin de completar la visión de Vitoria, aportaré algunos testimonios más de viajeros anteriores al siglo XIX.

Andrea Navaggiero, cuyos juicios acerca del paisaje de la Llanada, de los montes de encinas y del tocado de las mozas cité anteriormente, consigna en 1528 que «en Vitoria se habla castellano, pero entienden el vascuence, y en los más de los pueblos se habla esta lengua».

(Recordemos lo que años después decía el eclesiástico Venturino, según el cual en Vitoria la gente distinguida hablaba castellano, mientras el pueblo se entendía en vascuence).

En 1633 estuvo en la capital alavesa el capuchino inglés Fray Francisco Bel, que murió mártir de la fe. Llamóse en el siglo Arturo Bell.

Este fraile viajó por el País Vasco, visitando los conventos de su Orden, y en Vitoria reposó en el Convento de San Francisco, que, según él, era «suntuoso, adonde hay en la iglesia, muy lucida, cuerpos de los compañeros de nuestro Padre San Francisco ; dos, si no me engaño ; algunos sé de cierto que los hay. Vitoria es cabeza de la Provincia de Cantabria, y allí se celebran todos los Capítulos Provinciales, como a este tiempo se había celebrado».

En 1655 viajó por España el ya citado Antoine Brunel, quien dice de Vitoria que es *une assez jolie ville* (una bastante bonita ciudad).

El noble francés Louis François d'Harcourt, Conde de Sézanne, que en el año 1701 acompañó desde Bayona a Madrid al nuevo rey de España Felipe V, escribe en el «Diario de su viaje» :

«El primero de Febrero el rey comió en Salinas, que es el primer pueblo de la provincia de Alava, y llegó a Vitoria, que es una pequeña ciudad muy

agradable, a la salida de las montañas. En ella permanecimos dos días, durante los cuales se procuró divertir a S. M. Católica con fuegos artificiales por la noche y una fiesta de toros. El rey vió ésta desde una galería, donde se le había aparejado un palco con un dosel; después de la fiesta le ofrecieron una colación con muchos helados».

(*Journal de mon voyage en Espagne le 3er Décembre 1700 jusqu'a 13er Avril 1701*. Publicado en la «*Revue Hispanique*», tomo XVIII, núm. 53. París, 1908).

En el año 1726 atravesó el País Vasco un viajero picardo y peregrino que se llamaba Guillermo Manner. Vitoria le sorprendió por «dos fuentes monumentales de su plaza, altas de seis a siete pies. En cada una de ellas había seis surtidores que vertían su agua sobre la pila. Había encima un león que se asentaba sobre sus patas traseras y sostenía en sus delanteras las armas del rey».

Añade este viajero que «sobre un portal de la ciudad se veía a un rey en su trono y empuñando una espada».

En el año 1765 se publicó la obra titulada *Etat politique, historique et moral du Royaume d'Espagne l'an MDCCLXV*, (que aparece copiada en la «*Revue Hispanique*», tomo 30, núm. 78), donde se dice, hablando de la capital alavesa:

«Vitoria en la provincia de Alava es una bonita ciudad muy poblada. El gran comercio es en hierro y en acero. Hay una manufactura de hojas de espada que goza de reputación».

Años más tarde, en 1775, el caballero inglés Swinburne llegó a Alava procedente de Castilla. Apenas puso pie en territorio alavés, dijo adiós —son sus palabras— a todos los malos caminos y detestables posadas, y se le abrieron las vías más hermosas que cabe imaginar. Tan perfecto le parece todo, que cuando observa una estrechez de camino, la justifica por la fragosidad del terreno. En

vez de las colinas calvas, ve ahora cultivos bien estudiados; en vez de panoramas desolados, gentes de aspecto risueño; en vez de sucias posadas, casas limpias con buen ajuar; en vez, finalmente, de abominables caminos, excelentes vías y seguros puentes.

Ya camino de Vitoria, se sorprende por la fertilidad de las llanuras, que le parecen «las más hermosas de Europa». Admira la multitud de graciosas aldeas que cubren las pequeñas elevaciones del terreno y los majestuosos bosques que se advierten por doquier, y tienen una expresión de simpatía para el alborozo de las gentes que volvían del mercado.

Según este viajero, Vitoria ofrece hermoso aspecto sobre una colina; pero advierte que las calles son estrechas y tristes «por haberse empleado piedra de color muy oscuro en la construcción de las casas».

Sale de Vitoria y enfila hacia Arlabán. Allí se encierra en bosques frondosos de robles, hayas y castaños. Y observa que en este país se tiene el mismo cuidado que en los Pirineos franceses por la riqueza forestal; si se derriba un árbol, se le sustituye por un plantón.

(Datos del libro de Fausto Arocena «El País Vasco visto desde fuera»).

El anónimo autor de la obra *Les delices d'Espagne et du Portugal* consigna que Vitoria, a finales del siglo XVII, contaba con 15.000 habitantes. La ciudad estaba rodeada de murallas en las que se abrían diez puertas. Sus conventos eran tan magníficos, que en el de San Francisco se reunían los Capítulos Generales de la Orden. Comerciaba en hierros, lana, vinos y hojas de espada que, al decir de un viajero, eran medidas cuidadosamente en el Ayuntamiento con una medida especial.

En la biblioteca de don Julio de Urquijo vi un libro titulado *Nouveau voyage en Espagne fait en 1777 et 1778*. (Londres, 1782, tomo 2.º), con una nota

a mano que dice : «Por Peyrot, revisado por Morellet» donde el autor, hablando de Vitoria, describe un baile popular en el Prado, al son del silbo y el tamboril. «Toda la pradera estaba en movimiento. Los danzantes se juntan, se separan, corren en fila, formando rueda. A ratos, la danza se convierte en en una especie de *fandango*... Nada más ligero que las vitorianas. Se hubiera dicho que cada una de ellas estaba hecha solamente para su bailarín ; tan exactamente secundaba sus pasos y su actitud... Nunca he visto mayor orden en medio del desorden de una danza».

Y a propósito de bailes. El Barón Charles Davillier en su «Viaje por España» (1862-73) y en el capítulo XX dedicado a estudiar las danzas españolas, alude a las danzas vascas que un viajero del siglo XVIII vió bailar en Vitoria. Dice así Davillier :

«Además del pandero, los vascos bailan al son de la gaita, lo mismo que los asturianos y los gallegos, y con acompañamiento del tamboril y de la flauta. Su danza principal, a la que dan el nombre de *zorzico*, consta de dos partes distintas : comienza por la danza real y termina por un paso que se llama el *arrin-arrin* (ariñ-ariñ). Estas danzas son hoy todavía, a pesar de las luchas fratricidas que han ensangrentado tanto tiempo el país, las mismas que describe un viajero del siglo pasado : «He sido testigo de las danzas de Vitoria, bajo los árboles de la plaza. El alcalde mayor da el tono ; dos tambores han comenzado por tocar la llamada ; mozos y mozas se reúnen ; las muchachas forman cadena por medio de pañuelos que llevan en las manos, y los hombres hacen otro tanto. Así, por separado, describen diversas figuras alrededor de los árboles y sobre el musgo».

«Después de un cuarto de hora de saltos y de vueltas, siempre al son del tamboril, y mientras

que los muchachos escogen de una ojeada a su dama, envían dos diputados a la fila de las mujeres para ir a buscar una tras otra las escogidas. Durante este intervalo continúan las danzas, y poco a poco las dos bandas sólo forman una. Entonces los circuitos que forman los pasos, los tiempos y las figuras son más variados y precipitados. Pero a una determinada señal que da el tambor, los bailarines se separarán, y pronto parece que toda la pradera se pone en movimiento a la música del fandango».

Tras de citar el testimonio antecedente, añade el Barón:

«Las danzas vascas, tal como las hemos visto en Vitoria, Azpeitia, Balmaseda y otros lugares, son completamente inocentes, sobre todo si se comparan con las de Andalucía. Por eso leímos con asombro un libro publicado por el Reverendo Padre Palacios, *Contra bailes* (Pamplona, 1791). Este curioso libro, en el que los Padres de la Iglesia y los más sabios teólogos se citan en cada página, se proponía hacer desaparecer completamente esta diversión nacional. El baile, dice el autor, es un círculo cuyo centro es el Demonio. Es el reino del Diablo, una escuela de vicios, la perdición de las mujeres, el dolor de los ángeles, el embrujo del infierno, la corrupción de las costumbres, la perdida de la castidad... El Padre Palacios repreueba igualmente los que él llama «bailes regulares de las plazas» y los «bailes de saraos». Es en vano que se proponga como transacción el abolir el uso de agarrarse de las manos y el de aislar a los bailarines de ambos sexos por medio de un pañuelo que sostiene cada persona por un pico. También es en vano que se proponga encargar al músico tamborilero vigilar para que no pase nada de reprensible. El severo enemigo de la danza vizcaína (léase vasca) responde que no se encontrarían bastantes alguaciles para detener a los delincuentes, no siendo suficientes las cárceles para encerrarlos».

Jovellanos, en su «Memoria sobre las diversiones públicas de España», juzga menos severamente a las danzas de las provincias vascas. Admira, por el contrario, el orden y la decencia que reinan en esos modestos pasatiempos de los domingos, en los que se ve a todo un pueblo, sin distinción de edades ni sexos, correr y saltar alegremente al son del tamboril. «El deber de un juez inteligente --opina Jovellanos-- es el de proteger al pueblo en sus inocentes placeres, el dejarle preparar y adornar el lugar de sus fiestas, alejar a las gentes turbulentas, protegiendo al mismo tiempo a los que se entregan a una alegría inofensiva... En resumen, que no olvida nunca que el pueblo que trabaja no tiene necesidad de que la autoridad le divierta, sino de que le deje divertirse».

HUMBOLDT Y PRESTAMERO. AMBIENTE INTELECTUAL DE LA CIUDAD

(14) Carlos Guillermo de Humboldt, nacido en Potsdam el año 1767, era un hombre enciclopédico: filólogo, crítico, poeta, jurista, político, filósofo, arqueólogo, etc. Había sido nombrado asesor del Tribunal Supremo de Berlín, cargo al que renunció para dedicarse al estudio de la antigüedad clásica.

Casó con Carolina von Dachroeden, y era amigo íntimo de Goethe y de Schiller. Realizó su viaje a España estimulado por Goethe. Humboldt le remitía sus impresiones españolas por medio de cartas, y el autor del «Fausto» seguía el viaje a España de su amigo en un mapa que tenía colgado en la pared de su habitación.

Humboldt entró a nuestro país en Octubre de 1799. El 16 de dicho mes adquirió en Mondragón una licencia para viajar en posta. El joven que le servía de postillón iba sin cuidado sobre el cuello de la

cabalgadura, y cantaba canciones en vascuence y en castellano.

«En España —consigna Humboldt—siempre se viaja al galope, y solamente al paso cuando es necesario que los caballos tomen aliento. Conviene llevar silla propia, porque las que se alquilan son incómodas. Tienen, en lugar de estribo, almadreñas ordinarias, que son elogiadas, porque el pie, cuando el caballo cae, no puede quedar colgando de él (del estribo)».

El guía de nuestro viajero en Vitoria fué don Lorenzo Prestamero, pariente de los Marqueses de la Alameda y Subsecretario de la Sociedad Vascongada de Amigos del País. Prestamero andaba por entonces preocupado con la etimología vasca de los pueblos de Alava. Según él, Vitoria se llamó antigüamente *Bitorea*, que en vasco significa lugar sobresaliente y escogido. (Esta opinión la había ya apuntado el Padre Larramendi en su «Diccionario trilingüe»).

Vitoria contaba entonces 1.400 vecinos y 6.302 habitantes.

Prestamero era de Peñacerrada (según hace constar Angel de Apráiz en su trabajo «La Guía de Fosteros de Vitoria». «Revista Internacional de Estudios Vascos», núm. 23, pág. 67). Había sido maestrescuela y canónigo de Tudela (Navarra), pero había renunciado a ambos puestos para dedicarse a la investigación histórica de Alava.

Cuando Humboldt pasó por Vitoria, Prestamero estaba trabajando en la descripción de la provincia alavesa para el «Diccionario» de la Academia de la Historia. Coleccionaba monedas, minerales y utensilios romanos. Había estudiado las Hermandades y Conventos de la provincia; copiado los Fueros de los pueblos; y consignado las distancias entre éstos, las alturas de los montes, las inscripciones antiguas, y los mosaicos y caminos romanos.

Acompañado por este hombre, Humboldt visitó

la casa del Marqués de la Alameda, donde admiró la Magdalena de Tiziano; recorrió las iglesias de Vitoria; vió la casa de la Real Sociedad Vascongada y el palacio del Marqués de Montehermoso, en cuya biblioteca estaba el Diccionario de la Música de Rousseau con el título oculto.

«En Vergara —escribe— se habla mucho en español, aun por gente del pueblo, y en Vitoria ya no se habla el vasco. Desde Vitoria, a través de toda Alava, hay muchos lugares en que no se conoce el vasco. ¿Pertenece Alava al País Vasco? Los vascos genuinos lo niegan».

Humboldt, en su segundo viaje al País Vasco, se entrevistó en Vitoria con Luis Bonaparte, el cual marchaba a Portugal a la guerra que luego se llamó *de las naranjas*. A raíz de este viaje publicó su obra «Los Vascos o apuntes sobre un viaje al País Vasco en primavera del año 1801» (que tradujo Telesforo de Aranzadi en la «Revista de Estudios Vascos», tomo XV, núm. 2, Abril-Junio, 1924), donde dice, hablando de Vitoria:

«Todavía se ve hoy en el lado septentrional de la colegiata una torre y un considerable trozo de muralla del castillo que aquí construyó Sancho el Sabio de Navarra».

Vuelve a ponderar la Magdalena de Tiziano que poseía el Marqués de la Alameda, y alaba la colección de cuadros del Marqués de Montehermoso, «uno de los hombres más llenos de saber y de sentir patriota que yo encontré entre los Grandes de España».

El ilustre vascófilo alemán se muestra asombrado del ambiente intelectual que había en Vitoria, y lo considera superior al de Bilbao. Fausto Arocena comenta así este juicio en libro recientísimo:

«No se podría tal vez acompañar a Humboldt en tan absoluta apreciación. Y aun se podría echar mano para desmentirle del poderoso argumento de la prioridad de la introducción de la imprenta en Bilbao con bastante anterioridad a su introducción en



las capitales hermanas, particularmente en Vitoria».

Hablando Humboldt en una carta de la cultura en el País Vasco, escribe :

«Es el único país que he visto jamás en que la cultura intelectual y moral sea verdaderamente popular, en el que las primeras y las últimas clases de la sociedad no estén separadas por una distancia inmensa, por así decirlo ; en el que la instrucción y las luces de las altas han penetrado, a menos hasta un cierto punto, hasta las bajas, y en que la honradez, la franqueza, el inocente candor de éstas no ha llegado a ser extraño a las altas».

S C H U B A R T Y L O S A D U A N E R O S

(15) La carta donde el alemán Schubart se queja de los aduaneros vitorianos es de 5 de Enero de 1799, y aparece publicada en la *Revue Hispanique*, tomo IX.

(Cita de Justo Gárate en la traducción de «El viaje español de Guillermo de Humboldt (1799-1800)». Buenos Aires, 1946).

VITORIA DURANTE LA FRANCESADA

(16) Cuando entraron en España los primeros soldados franceses al mando de Junot, su entrada fué festejada en Vitoria por los Marqueses de Montehermoso, según refiere Thiebault.

A fines de Enero de 1808, Vitoria obsequió a los franceses con un baile magnífico, según cuenta en su diario el Mariscal Castellane.

Y cuando en Marzo del mismo año llega a España Murat para ponerse al frente del Ejército francés de España, le escribe desde Vitoria a Napoleón :

«Me apresuro a dar cuenta a V. M. de la acogida extraordinariamente amistosa que se me ha hecho desde la frontera hasta esta ciudad».

En Vitoria fué donde Murat, aquel fantoche de pelo ensortijado y atuendo de rey, recibió las instrucciones de Napoleón ordenándole apoderarse de España. Así lo cuenta en sus cartas.

Sin embargo, ya para entonces, el pueblo español miraba con recelo a los franceses «aliados». En el mismo mes de Marzo pasó por Vitoria un militar francés. Se llamaba Maurice de Tascher, y publicó años más tarde un libro titulado *Journal de campagne d'un cousin de l'Impératrice (1806-1813)*, en el que escribe :

«5 Marzo 1808. — Saliendo de Mondragón hay que franquear una altísima montaña, al otro lado de la cual el camino se allana hasta Vitoria, a una legua de esta ciudad. La vista, fatigada de las bellezas de una naturaleza tan áspera y tan gigantesca, descansa con placer sobre un paisaje más dulce y más extenso. Llegué a Vitoria de noche cerrada».

«6 Marzo.—Miranda.—He recorrido Vitoria esta mañana. Tiene una bella plaza cuadrada, construída regularmente y rodeada de arcadas; alrededor de ella se encuentran muchas plazas y calles; por otra parte, la ciudad es muy irregular; se encuentran allí algunas bellas casas, algunas bellas construcciones, pero la mayor parte de las calles son sucias y estrechas».

«Hasta Irún he venido en posta; hasta Vitoria en carroaje tirado por bueyes, pero en Vitoria todo me ha faltado y no he podido obtener más que una cabalgadura».

«Heme aquí solo y enteramente aislado en un país cuya lengua ignoro, y donde los Franceses son mirados por los unos con frialdad, por los otros, con horror, y por todos, con desconfianza».

El Barón de Grivel presenció en Vitoria —y lo refiere en sus «Memorias»— el motín que se originó

al partir Fernando VII para Francia; cuando el pueblo vitoriano, barruntando con certero instinto que el rey iba secuestrado, quiso impedir su partida, cortando por dos veces los tiros del carro que lo conducía, episodio éste que recogió Becerro de Bengoa en su «Romancero Alavés».

Después del Dos de Mayo madrileño, el odio contra el invasor prendió en todas las clases sociales, excepto en un pequeño grupo de afrancesados. De éstos, el más significado de Vitoria era el Marqués de Montehermoso, que había sido Diputado General de Álava desde el año 1797 al 1800.

Cuando José Bonaparte entra en España a gobernarla en nombre de su hermano, le escribe a éste desde Vitoria el 12 de Julio: «Señor: he llegado a esta ciudad, donde fuí proclamado ayer; el espíritu de la población es contrario a todo esto. Las personas de posición temen las amenazas del pueblo».

Desde el palacio de Montehermoso dirigió José el 14 de Julio su primera proclama a los españoles: «Reuníos todos... Ceníos a mi trono». ¡Buen caso le hicieron!

Y cuando, tras el desastre de Bailén, se vió forzado a abandonar Madrid, permaneció en Vitoria desde el 23 de Septiembre hasta el mes de Noviembre, en que llegó Napoleón al frente de su «Gran Ejército» para reponerle en el trono de la Plaza de Oriente.

Desde la casa del banquero Cuesta, en las afueras de Vitoria, celebró Napoleón el 5 de Noviembre el Consejo de Guerra con sus mariscales, que le abrió el camino a Madrid.

LORD BLAYNEY EN VITORIA

(17) Andrew-Thomas Blayney (1770-1834), undécimo Lord Blayney fué, como digo, un militar que peleó en todo el mundo.

Como comandante en el ejército del duque de York tomó parte en la famosa retirada de Holanda (1794-95).

En 1795, como teniente coronel, estuvo en Irlanda, distinguiéndose por el humanitario trato que dió a los habitantes de aquella isla. Tomó parte en la campaña de Malta y en la de Egipto. Formó en las expediciones a las Indias occidentales, al Cabo de Buena Esperanza, a Hannover, y en la del general Whitelocke contra Buenos Aires. Desde aquí fué enviado al Cabo de Buena Esperanza. Vuelto, con permiso a Inglaterra, logró ser enviado a España, siendo destinado a Cádiz con el grado de comandante general.

Desembarcado en la costa de Málaga, entre Marbella y Fuengirola, fué hecho prisionero por las tropas del general Sebastiani en el primer encuentro que tuvo con los franceses. Tratado por éstos con gran consideración, atravesó España de sur a norte, siendo retenido hasta 1814 en San Juan de Luz, donde escribió sus memorias.

Su libro se titula : *Narrative of a forced Journey through Spain and France, as a Prisoner of war in the years 1810 to 1814, by Major-General Lord Blayney. In two volumes. London: E. Kerby, 1814.*

La parte referente a España está publicada en la *Collection historique illustré*, de Albert Savine, bajo el título de *L'Espagne en 1810. Souvenirs d'un prisonnier de guerre anglais. Louis Michaud, éditeur. París, 1909.*

Consigna que en Vitoria había fábricas de lana, seda, algodón, manufacturas de paja, de sillas y de hojalatería.

Las doscientas camas del Hospital estaban todas ocupadas por soldados franceses.

Se hospedó en la casa de un médico. Dice que en la cocina tuvo lugar una alegre reunión de gente joven que jugaba a *la bouillotte* (juego de cartas parecido a la berlanga). Tras de la cena, los invi-

tados cantaron aires nacionales que acompañaba la guitarra con una música dulce y agradable, aunque irregular.

*LA MARQUESA DE MONTEHERMOSO
Y JOSE BONAPARTE*

(18) Doña María del Pilar Acedo y Sarriá, Marquesa consorte de Montehermoso, y por su derecho Condesa de Echauz y del Vado, era, cuando la conoció José Bonaparte, una *otoñal* en el apogeo de su belleza y de su encanto.

Thiebault, que en el año 1802 estuvo en Vitoria y fué huésped de los Montehermoso, refiere en sus *Memoires* (tomo III, pág. 259) que halló muy coqueta a la marquesa. En 1808 pudo confirmar esta opinión en un baile que ella ofreció para festejar la llegada de Thiebault (y quizá de Junot) a casa del tío de la marquesa (*Memoires*, tomo IV, página 135).

La Montehermoso, según nos dice Girardin en su libro *A la cour du Roi Joseph. Souvenirs du Comte de Girardin*, además de los naturales encantos que aún conservaba, reunía otros muchos, fruto de su ingenio y de una esmerada educación. Poseía el francés y el italiano como su propia lengua, y en las tres hablaba, escribía y hasta versificaba con gran facilidad y donosura; cantaba y tocaba la guitarra con gracia genuinamente española, y pintaba muy discretamente miniaturas, como lo acreditaba el retrato que hizo del rey José. No es extraño que éste, buscando remedio a su viudez, aceptara el que con su amistad le ofreció la marquesa, cuya privanza empezó en Vitoria cuando en Agosto de 1808 fué a parar allí con su corte el fugitivo intruso, alojándose en la casa de los Montehermoso (actual Palacio Episcopal), que era la mejor de Vitoria.

La privanza de la Marquesa coincidió con la desgracia de Girardin porque habiendo adquirido el rey José en 300.000 francos la casa en que aquélla vivía, preguntó a Girardin si le parecía el precio exagerado, a lo que contestó el caballerizo que *no los valía la casa ni aun con la Marquesa*, respuesta que le costó ser enviado a Francia.

En cuanto al Marqués que, según Girardin, era un hombre alto y fornido, que presumía de original y hablaba pestes de la Inquisición y de los frailes, había sido diputado general de Alava de 1797 a 1800, y fué el primer Gentilhombre de cámara que nombró el rey José, quien, además le concedió la grandeza y le regaló una de las doce llaves que se encargaron a París al Duque de Frías. Lo condecoró también con la Orden Real de España, en la que ingresó como Caballero en Octubre de 1809, obteniendo la Gran Banda en Enero del año siguiente.

El Marqués murió en París el 8 de Junio de 1811, a consecuencia de una grave enfermedad que padeció en Vitoria y de la que se hallaba convaleciente aún cuando llegó a la capital de Francia.

La Marquesa, después de su romántica aventura con José Bonaparte, casó en segundas nupcias con un joven y apuesto oficial francés, Mr. de Caravesse, con quien se estableció en el castillo de Carrere (Bajos Pirineos), donde pasó sus últimos años de manera feliz y ejemplar.

*DATOS CURIOSOS SOBRE
LA BATALLA DE 1813*

(19) Sebastián Blaze, farmacéutico del Ejército francés, en su libro *Mémoires d'un aphoticaire sur la guerre d'Espagne*, describe brevemente la batalla de Vitoria, a la que asistió. Habla del momento en

que la caballería inglesa les alcanzó al galope y se apoderó de un parque de 150 cañones y de más de dos mil carruajes de toda clase que los franceses trataban de salvar. Y añade :

«Los soldados del convoy cortaron las correas de sus caballos y abandonaron la artillería y los furgones para huir. Muchos de estos furgones estaban llenos de oro y plata. Los franceses los abrieron y se ocupaban en vaciarlos cuando llegaron los ingleses. Hubo combate en torno a estos tesoros, y como había bastante dinero para contentar a ambos partidos y los soldados hallaban más provecho en tomar rollos (cartuchos) de monedas que en dar sablazos, se vió a ingleses y franceses meter mano simultáneamente en el mismo tesoro».

J. Lucas Dubretón, en su libro *Napoleón devant l'Espagne—Ce qu'a vu Goya* (París, 1946), hablando de este mismo momento, escribe :

«Afortunadamente, este inmenso material, estos 1,500 carruajes que contienen el *expolio de España durante cinco años* o los bienes de los afrancesados, son una presa tentadora para el vencedor... y para el vencido : sobre los furgones del tesoro se precipita una avalancha de soldados ingleses, españoles, portugueses y franceses para robar, «sin hacerse el menor daño». Estos no piensan lo más mínimo en la guerra y harán bazar durante varios días, cambiando monedas, vendiendo pedrería, joyas, provisiones y viandas reales, pues los equipajes del rey José no han logrado escapar como su dueño : su espada, regalo de la ciudad de Nápoles, un cuadro de Corregio, objetos de lujo y curiosidades, «algunos que la decencia y las buenas costumbres no permiten nombrar», y el bastón del mariscal Jourdán, constituyen una presa codiciable».

Añade, en nota, el autor que lo mismo que en la batalla de Vitoria ocurrió en Jaca, donde, al margen de la retirada, españoles y franceses robaron simultáneamente los carros del tesoro, conducidos por

1.200 empleados procedentes de diversos puntos de España. (Refiere esto último Desboeufs: «Souvenirs», 1901, pág. 19).

El mismo Dubretón consigna un detalle curioso acerca de cómo quedó el campo de la batalla después de ésta. Dice que la llanura de Vitoria «quedó cubierta, no solamente de muertos y de despojos, sino de una nubada de papeles, documentos oficiales acumulados a través de los años, cartillas militares, mapas, expedientes de toda clase, pisoteados, ensuciados por la lluvia y el barro: consecuencia del desastre, pero, al mismo tiempo, final de un reino y de una tentativa de gobierno».

Otro francés, Emile Bégin, que recorrió España en 1850, dice, al describir la batalla en su libro *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal* (París, 1852):

«Se vió entonces ¡cosa horrible! mujeres encantadoras y engalanadas, arrojadas de sus carrozillas por la caballería, echarse a los pies de los dragones y ofrecerles todos los tesoros de que podían disponer si accedían a cogerlas prisioneras en grupo para librárlas del furor de los españoles.

Se vió los furgones del Ejército francés robados por los soldados encargados de defenderlos, y el campo de batalla cubierto de carrozillas, de berlinas, de legajos de expedientes y de baúles ensangrentados o destruidos por la metralla y las balas de cañón. Muchas mujeres quedaron muertas en el campo.»

Pero quien con más detalle pinta el paisaje de la Llanada, tal como apareció al día siguiente de la lucha, es el general vitoriano Don Juan de Velasco en una «Relaciór.» de la batalla que publicó, siendo oficial de Estado Mayor, en el año 1852. Dice así:

«Estaba sin embargo reservado a la aurora del siguiente día el alumbrar la magnitud de los despojos que el ejército vencido dejaba a merced de su adversario, y el país que en algunas leguas se dilata

al frente de Vitoria presentaba un aspecto que por su originalidad difícilmente podrá ser igualado. Allí yacía el naufragio de un poderoso ejército y esparcidas por el suelo las riquezas que, mientras duraron sus triunfos, arrancara con sin igual rapacidad de toda España. Los cañones y carros militares, los coches y furgones volcados y desiertos, formaban por su caprichosa acumulación el más extraño golpe de vista. Aquí el equipaje de un Rey, más allá las decoraciones de un teatro, granadas y botes de metralla, objetos de tocador y de repostería, armas rotas, tambores, sedas, bordados y ricas joyas confundidos. Y en medio de tanto desorden, los soldados heridos y las mujeres y niños abandonados, confiándose a la humanidad de los vencedores, mientras que un sin número de caballos, de bueyes y carneros discurrían en tropel, azorados, por el llano».

«Era tal —añade en nota, transcribiendo a Ali-són— el número de mujeres que se hallaban entre los carrozales del tren de los oficiales franceses, que fué después un dicho común en su ejército el repetir que no era maravilla fueran batidos en Vitoria, pues sacrificaron sus cañones por salvar a sus queridas. Esposas y concubinas, monjas y actrices, vestidas con el mayor lujo y elegancia, fueron capturadas por cientos. Ricos trajes de todas clases; brocados de terciopelo y seda, alhajas de oro y plata, excelentes cuadros, joyas, encajes, cajas de Burdeos y Champagne, perros, papagayos, monos y fruslerías, yacían esparcidos por el suelo en infinito desorden, entre mujeres y niños que lloraban y gemían, y todas las miserias que acompañan a una derrota».

EL BOTIN DE LA BATALLA Y EL SUPUESTO ENRIQUECIMIENTO DE VITORIA

(20) Don Francisco de Paula Mellado, autor del libro «Recuerdos de un viaje por España» (Madrid,

1849) recoge la opinión de un escritor, según el cual, «Vitoria, antes pobre y miserable, se hizo rica y opulenta en 1813 con los tesoros de toda España que los franceses dejaron esparcidos por su campo».

Y añade por su cuenta :

«Sin duda hay exageración en este dicho..., pero es cierto que las pérdidas de los franceses fueron inmensas, y que los vitorianos supieron aprovecharse de ellas, en lo cual hicieron perfectamente».

¿ Perfectamente? No le falta a este autor sino citar el conocido proverbio de que «el que roba a un ladrón, tiene cien años de perdón».

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y LOS BOSQUES DE ALAVA

(21) Don Ladislao de Velasco escribe : «La verdadera destrucción de los bosques, que antiguamente llegaban a cubrir casi todo el territorio de Alava, la inauguraron los franceses en la guerra de la Independencia, haciéndolos cortar a derecha e izquierda de los caminos que más frecuentaban, para evitar emboscadas y sorpresas. Más tarde, las necesidades de los pueblos, nacidas de la guerra, hizo que los pueblos vendiesen sus bosques en escala creciente».

EL PLATERO VITORIANO A QUE ALUDE ZAMACOLA

(22) Zamácola, en el tomo 2.^o, pág. 140 de su «Historia de las Naciones Bascas», publicada en el año 1818, escribe :

«A este propósito decía con mucha gracia hace pocos años un platero de Vitoria : Yo he salido sólo una vez hacia Castilla y apenas llegué a Miranda,

que no hay cuatro leguas, vi un pueblo de convalecientes que escasamente podían alentar. Pasé por Pancorbo y Briviésca y no vi sino enfermos miserables y abatidos. Llegué a Burgos y hallé que toda la ciudad era un grande hospital administrado por enfermeros, y no pudiendo esperar más que la muerte, me volví a toda prisa a Vitoria, antes de que me contagiese la epidemia».

Este relato lo utilizó Chaho, cambiando algunas cosas y añadiendo hierro, en la Introducción de su «Viaje a Navarra durante la insurrección vasca (1835)» que tradujo y anotó el doctor Justo Gárate en el año 1933. Y a propósito: Chaho estuvo desterrado en el año 1852 en Vitoria, donde escribió su manuscrito inédito *Lettres d'un exilé*, según leí en el libro «Viajeros extranjeros en Vasconia» de Eneko Mitxelena, página 170.

SIGNIFICADO DE LA PALABRA «BIRIQUI»

(23) *Biriqui*, según el «Vocabulario» de Baráibar, significa «chanfaina o guisado de bofes o livianos picados». En vascuence «biriki» significa pulmones o bofes.

OFENSA Y DEFENSA DEL APODO DE «BABAZORROS»

(24) La palabra *babazorro* figura hoy en el Diccionario de la lengua española, aplicada a los naturales de Alava y a lo perteneciente a esta provincia.

En la edición del Diccionario de la Academia de 1853 figuraba en la acepción de «hombre rústico, tosco, sin crianza».

El Padre Larramendi, en su «Diccionario trilingüe (1745), decía : *Babazorro* significa saco o costal de habas. Llamamos jocosamente *babazorros* a los alaveses por la mucha haba que allí se coge y come».

Landázuri, molestado por lo burlesco del apodo, lo explicaba en serio en 1780, diciendo :

«Las gentes alavesas son, por muchos de fuera del país, llamados *babazorros* sin conocimiento de la etimología de esta voz, que es del idioma vascongado, y significa las habas en costal, con alusión a la grande cosecha que se hace de esta mies en Alava ; juzgo creen algunos ignorantes que con ese nombre de *babazorros* se satiriza a los alaveses, sin hacerse cargo que muchas célebres familias romanas tuvieron grande gloria y se apreciaron de tomar por apellido de sus casas los nombres de aquellas mieses de que hacían más abundantes cosechas, como los *Fabios* de las habas, los *Léntulos* de las lentejas, y los *Cicerones* de los garbanzos» (*Historia de Alava*, tomo 1.^o, pág. 152).

EJECUCIONES EN HORCA DURANTE EL TRIENIO CONSTITUCIONAL

(25) Durante el período constitucional se ahorcó en Vitoria a muchos realistas. Gregorio de Altube, en su libro «Vitoria... o así», dice que tanto se prodigaron las ejecuciones el año 1822 por causa de la persecución política, que el día 5 de Junio la Cofradía de la Oración del Huerto, encargada de asistir a los condenados a pena capital, pidió al Ayuntamiento la relevase de tan penosa obligación, alegando que no estaba obligada a ello según sus Estatutos. El Ayuntamiento se resistió en un principio, pero ordenó más tarde que se turnasen en el cargo las diversas Cofradías de la ciudad.

El verdugo que por entonces ejercía su odioso cargo en Vitoria se llamaba José Condado. Este hombre fracasó en la ejecución del impetuoso realista don Gregorio Luzuriaga (sublevado en Salvatierra contra la Constitución), por lo que fué suspendido de empleo y sueldo.

Desde entonces quedó desierta la plaza, «siendo el de verdugo uno de los servicios que la Ciudad de Burgos viene prestando a la de Vitoria».

*LA BORRACHERA LIBERTARIA DEL AÑO 20
Y EL DISCURSO DEL TABLAJERO*

(26) Cuando en 1820 Riego acabó con el absolutismo, y el rey Fernando VII se vió obligado a jurar la Constitución de Cádiz (*la Pepa*), abolida por él siete años antes, cundió por toda España una borrachera patriótica y demagógica que abrió los grifos a todo libertinaje.

Los liberales cometieron mil excesos con los *serviles*, y se hartaron de cantarles el Trágala :

Trágala, trágala
tú, servilón,
tú que no quieras
Constitución

Se quería abolir todo : la pena de muerte, los consumos, las quintas, hasta la matrícula de mar. Y hubo un maestro de escuela que pidió la abolición del *pluscuamperfecto*, porque, según decía, no podía haber nada más perfecto que el perfecto mismo.

(Esto me recuerda la historieta de los sacerdotes que se reunieron en asamblea para pedir la supresión del *Suscipiat dominum* en las contestaciones de la misa, porque era muy difícil recitarla).

En aquella época de cursiladas se quiso hacer que el calendario comenzase en el año 1812 (en el de la

Constitución de Cádiz), y se trató de cambiar los nombres a los meses y días de la semana.

España se llenó de sociedades, en las que el elemento liberal se entregaba a desahogos, discursos y libaciones. Mesonero Romanos habla de estos clubs madrileños en sus «Memorias de un setentón», y refiere esta anécdota que se hizo proverbial:

«Cierta noche, después de una pindárica arenga de un tribuno incipiente en elogio de la libertad y de la soberanía del pueblo, subió sobre una mesa un honrado tablajero, diciendo: «Señores; pido la palabra: todo lo que acaba de *icir* el señor *propinante* es muy santo y muy *giено*; pero yo voy a hablar ahora del despotismo *ambulante*» (textual); y sin hacer el menor caso de la risa general que su exordio había excitado, siguió contando cómo los alguaciles del repeso le molestaban continuamente con el registro de sus mercancías, o el contraste de sus pesas, concluyendo por decir candorosamente: «*Si no se quitan los alguaciles, ¿para qué me sirve la libertad?*»

SOBRE LA SERVIDUMBRE DE APALEAR LAS AGUAS

(27) La servidumbre de apalear las aguas del foso del castillo de Villanáñe no fué exclusiva de este pueblo alavés, ni creo yo que hubiese pervivido hasta la segunda década del siglo XIX.

Se trata de un derecho feudal, introducido de la vecina Francia, donde tal prestación se conocía con el nombre de *battre l'etang* (batir el estanque).

He oído decir que antiguamente estuvieron sujetos a esta pecha los vecinos de la aldea navarra de Ochovi, perteneciente a la Cendea de Iza.

Y he leído que los Condes de Oñate obligaban también a sus villanos a tan extraña servidumbre.

«Debido a esto —dice Juan Carlos Guerra en su conferencia «Lecciones de Geología y Heráldica»— los oñatienses eran motejados por sus vecinos de Vergara, Legazpia y Mondragón, que les llamaban en son de mofa *kondepekoak*, y les zaherían mentando la obligación que se les atribuía de velar, por turno, el sueño de su Señor mientras dormía la siesta en la torre de Zumelzegui, haciendo callar a las ranas del foso con una vara larga, hablándoles entre tanto así :

*Ixillik ao ixillik ao
Kondia siestia lo eiten dao*

(Callad, callad, porque el Conde está durmiendo la siesta).

Débese esta servidumbre a que los señores feudales solían criar ranas, ya en los fosos de sus castillos, ya en estanques, por ser muy aficionados a comerlas, y trataban con ello de impedir que croasen a horas intempestivas.

En Inglaterra y en la Edad Media esta pecha debía de ser corriente. Walter Scott, en una de sus novelas históricas, alude a la obligación de apalear las aguas que pesaba sobre determinados siervos.

Aparte de esto, la servidumbre personal de los tiempos feudales debió de subsistir en la provincia de Alava hasta épocas muy avanzadas. Guillermo de Humboldt, a comienzos del siglo XIX, descubre en Alava que además de la nobleza, existía un *tercer estado*, aunque a renglón seguido advierte que los nueve décimos de la población pertenecían a la clase noble. No olvidemos que Humboldt habla por boca de quien mejor conocía la situación social de Alava, de don Lorenzo Prestamero.

Comentando la afirmación del *tiers état* del ilustre vascófilo alemán, dice Fausto Arocena: «Por otra parte, no nos es desconocida la existencia de *collazos* en los tiempos históricos de la provincia hermana».

*LAS TROPAS DE ANGULEMA EN VITORIA
SEGUN EL DIARIO DE DE BUSSY*

(28) El Subintendente militar P. G. De Bussy entró en España el año 1823 con las tropas del Duque de Angulema. Se detuvo en Vitoria varios días, y nos da cuenta de su estancia en un manuscrito titulado *Campagne et souvenirs d'Espagne-1823*, que publicó la *Revue Hispanique* en el año 1914.

El diario de campaña de De Bussy consigna que las tropas francesas fueron recibidas en la capital alavesa el 17 de Abril, entre sonar de campanas, aclamaciones, banderas y colgaduras. Por la noche hubo danzas, fiestas, iluminaciones, y se quemó una colección de fuegos artificiales bajo las ventanas del Príncipe (del Duque de Angulema) que se alojaba en la calle de Villasuso.

«Vitoria —escribe De Bussy— no tiene para los franceses sino tristes recuerdos. En ella un material inmenso de inauditas riquezas y una multitud de fortunas particulares fueron presa del enemigo. Los cálculos hacen ascender nuestras pérdidas humanas a un millar, cifra que no es muy exagerada. La imprevisión y la impericia del mariscal Jourdán fueron la principal causa de este gran desastre, y el mismo rey José estuvo a punto de caer en manos de los ingleses. Huyendo, cayó en un foso, y gracias a un suboficial de caballería pudo salvar la vida y la libertad».

.....
«19 de Abril.—Vemos por fin a las mujeres españolas de talle elástico, finas y esbeltas, con la bonita mantilla y el calzado elegante. Sus ojos son vivos, y sus cabellos negros, magníficos.

Vitoria tiene pocas bellezas, pero su aspecto es encantador y mono (*charmant et mignon*)... Tiene una hermosa plaza, rodeada de edificios uniformes. La ciudad hace todo el comercio de Alava; es po-

pulosa y bastante floreciente. El interior del teatro está ricamente adornado.

Las calles de Vitoria son bajas y sucias, y su pavimento, menudo y resbaladizo. Las casas son de dos o tres pisos. Las más comunes no tienen vidrios en las ventanas, y las vigas están al descubierto. En casi todas ellas, las cuadras se encuentran en el principal cuerpo del edificio, y los lugares de reunión en las cocinas, doble inconveniente para los habitantes.

La ciudad tiene pocas tiendas que merezcan la pena. Sólo las iglesias son elegantes».

Nuestro francés cambia tres veces de alojamiento, y es, por fin, destinado a casa de un pintor, de un verdadero artista, ante quien él se siente un *pintamonas*. El patrón le presta un violín y música de boleros. Los hijos del pintor servían como voluntarios en el Ejército de la Fe.

El 20 de Abril se celebró en honor del Príncipe una fiesta taurina, donde «se dió el triste espectáculo de un toro ensogado y entregado a los perros». Por la noche hubo en el Teatro (cuya sala se parece a la del Teatro Francés) una función de gala, una verdadera *soiré* de París, a la que asistieron los edecanes del Príncipe, el duque de Guiche, el general Bordesoulle, el Estado Mayor general, todo el despacho, los ministros, etc. Hubo en ella el imprescindible bolero mal bailado, pero que la galantería francesa exige.

El 24 de Abril se cantó el Te Deum en todas las iglesias de la ciudad para celebrar el restablecimiento de la Regencia y la entrada de los franceses. Serenata nocturna. Las primeras naranjas españolas. S. A. Real asiste a la función del Teatro. Todas las damas de la ciudad se habían reunido en la sala, donde se veía un gran número de oficiales generales agregados al servicio del Príncipe, al Cuartel Ge-

neral y al Cuerpo de Reserva. Hubo en la función los consiguientes boleros y fandangos.

El 4 de Mayo tuvo lugar una corrida de toros lidiados a caballo.

En este diario de De Bussy es donde dice lo que copié en el texto referente a la Marquesa de Montehermoso, cuya belleza fué tan fatal a Francia.

*LAS TORRES VITORIANAS EN UNA ODA
DE VICTOR HUGO*

(29) Alude Víctor Hugo a Vitoria en sus *Odes et Ballades*, libro V, oda 9.^a de 1823, *Mon enfance*. Dice así :

“*L'Espagne m'accueilli livrée à la coquête*
“*Je franchis le Bergara, où mugit la tempête*

“*L'Espagne me montrait ses couvents, ses bastilles;*
“*Burgos, sa cathédrale aux gothiques aiguilles;*
“*Irun, ses toits de bois; Vittoria, ses tours;*
“*Et toit, Valladolid, tes palais de familles,*
“*Fiers de laisser rouiller des chaînes dans leurs*
“*[cours]*”

*LA CAPITAL ALAVESA EN EL LIBRO
DEL BARON TAYLOR*

(30) El Barón J. Taylor, en su *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger a Tetouan* (París, 1826, págs. 47-49) dice de Vitoria, entre otras cosas :

«Vitoria es la ciudad más importante de Alava. Está situada cerca de la confluencia del Zadorra y del Arienza, sobre una altura que domina una vasta llanura cubierta de burgos y de aldeas.

En la llanura, bajo los muros de esta ciudad, el 21 de Junio de 1813, un ejército francés combatió durante todo un día contra un ejército aliado inglés, español y portugués; la fortuna abandonó a nuestras banderas, y esta batalla decidió la suerte de España.

Esto no impidió a Goya, este genio extraordinario de España, hacer un admirable cuadro que representa un águila inmensa pasando por encima de los Pirineos, y todos los pueblos de Iberia asombrados ante este símbolo de la fuerza y del poderío de Napoleón.

Se distingue en Vitoria la ciudad vieja y la nueva. Es notable el paseo de la Florida.

La plaza Nueva, comenzada en 1781, no es notable más que en día de fiesta, porque los trajes y las costumbres del pueblo español son siempre uno de los más hermosos espectáculos de Europa. Se cree en Vitoria que el Ayuntamiento es el más bello ornamento de la plaza.

La *Real Sociedad Vascongada* tiene una escuela gratuita de dibujo, una biblioteca, un monetario y una colección de inscripciones romanas recogidas en la provincia.

El Hospicio y su iglesia fueron construidos en 1638 por fray Lorenzo Jordanes, franciscano de Castro Urdiales, uno de los mejores arquitectos españoles de su tiempo.

Vitoria cuenta con 12.000 habitantes. Sus hosterías son las más renombradas de España. Sus corridas de toros tienen lugar en la plaza Vieja llamada la *Gran Plaza*.

EL LIBRO DE VIAJE DEL CAPITAN COOK

(31) En el año 1834 se publicó en París el libro del inglés Capitán S. E. Cook, titulado *Sketches in*

Spain during the years 1829-30-31-32. La parte referente al País Vasco fué traducida por Martín de Anguiozar y publicada en la «Revista de Estudios Vascos», tomo XXI.

El autor hizo el viaje de Pamplona a Vitoria a caballo, y dice que el camino no estaba aún terminado para coches, aun cuando se hallaba muy adelantado. Los carruajes se veían obligados a pasar por Tolosa.

«Vitoria—escribe este viajero—está recobrándose de los efectos de la guerra (de la Francesada) y es un lugar próspero y progresista. La plaza es una de las más limpias de Europa. Sirve de mercado y de plaza de toros. Es inconcebible que un plano como éste, en que se combinan elegancia, luminosidad y utilidad con economía de espacio, no haya sido adoptado con más frecuencia».

JUEGO DE PRENDAS ¿SOY? ¿TENGO? ¿QUIERO?

(32) Antonio Flores, en su obra «Ayer, hoy y mañana» (Barcelona, 1892, tomo 1.º, pág. 101) dice que «Soy, tengo, quiero», eran las preguntas que tenían que hacer a la concurrencia los condenados a pagar en los juegos de prendas, tan comunes en los salones madrileños a principios del siglo último.

—*¿Soy?*

—Es usted muy bonita.

—*¿Tengo?*

—Tiene usted un padre algo raro.

—*¿Quiero?*

—Quiere usted a un joven que yo sé, y cuyo nombre no quiero descubrir.

*MESONERO Y LAFUENTE SE BURLAN
DEL ATUENDO Y LA LITERATURA DE
LOS ROMANTICOS*

(33) Los primeros románticos españoles «se distinguieron exteriormente —dice Pérez Galdós— por la amarillez del rostro, las largas y descuidadas melenas y las estrechas casacas».

Quien mejor se burló de aquellos primerizos y febrioles románticos fué Mesonero Romanos. En un artículo titulado «El Romanticismo y los románticos», que apareció en «El Semanario Pintoresco» de 1837, página 282, dice que los afiliados a la entonces moda literaria abandonaron el frac, el chaleco, el cuello de la camisa, los guantes, las cadenas, relojes, botones y alfileres, dejando reducido su atavío a lo siguiente:

«A un estrecho pantalón que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente añudado en torno de ésta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda».

Añade que peinaban su cabello en dos gudejas barnizadas que les tapaban las orejas, y que las paticillas, la barba y el bigote acentuaban sus lívidas mejillas, sus labios mortecinos y su afilada nariz. Dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío, y una frente triangular y fatídica completaban la estampa de su rostro *melancólico y siniestro*.

Copiaban en esto, tardíamente, a los franceses de los años 30 al 35. En la *Histoire du Romantisme* de Teófilo Gautier (París, 1874) leí:

«Estaba de moda entonces, en la escuela romántica, estar pálido, lívido, verdoso, un poco cadavérico a ser posible. Esto daba un aire fatal, *byroniano*, devorado por las pasiones y los remordimientos».

Por su parte, las damas tomaban cal y vinagre para empalidecer, y llevaban siempre consigo frascos de sales para reanimarse en sus frecuentes síncope y desvanecimientos.

Estar enfermo se puso en moda entre los románticos. De ahí que su literatura sea una literatura enfermiza, melancólica, blandengue. Literatura de cementerio que halló en España su antecedente en «Las noches fúnebres» de Cadalso y su consecuencia en la «Galería fúnebre», publicación en serie que hizo furor entre aquellos literatos, amigos de suicidios y de tuberculosis, de cipreses, sauces y cementerios.

Es de suponer que en Vitoria, ciudad abierta a la invasión de lo francés y en donde había un grupo literario que seguía la moda del siglo, prendiese el sarampión romántico al mismo tiempo o antes que en Madrid.

En cuanto al vocabulario, Mesonero, siempre chungón, nos dice que los escritores de la nueva escuela abusaban de los puntos suspensivos y de los apóstrofes (*;Maldición! ;horror!*), de las admiraciones y de los interrogantes.

Los vocablos más característicos eran *capuz, siestros, bultos, infernal, fatal, fatídico, tétrico, fúnebre, melancólico, sepulcral, funeral, fugitivo, vago, macilento*, etc.

Mesonero se burla de que los románticos pusiesen a sus composiciones poéticas títulos como estos: *¡¡Qué será!!! ;¡No!! ¡Más allá! ¿Cuándo? ¡Acaso! ;Oremus!*

A mi juicio, quien con más acierto se burló del lirismo y el apasionamiento amoroso de los románticos fué Modesto Lafuente (*Fray Gerundio*). En su «Teatro Social del Siglo XIX» (tomo 1.º, Madrid, 1846, satiriza el furor poético de la época y pone de relieve la decadencia de la poesía amatiora, que ya no logra convencer a las damas. Y en prueba de ello, finge una escena que titula «Teatro casero». Se trata de un poeta que está haciendo la tertulia noc-

turna a dos señoritas. Las señoritas están cosiendo en compañía de su mamá y le preguntan al poeta si tiene algo que leerles. El poeta dice que sí (naturalmente) y empieza a recitar su última composición. Pero la mamá, las niñas y la criada (que se llama Celestina) interrumpen la lectura de la poesía en la forma que vais a ver :

«¡ Mujer ! ¡ mujer ! ; oye mi triste acento
 —*Que llaman, Celestina*
 «Dime quién es ese rival odioso
 —*El aguador, señora*
 «que de beber su sangre estoy sediento
 —*Di que traiga otra cuba*
 «y en ella ¡ sí ! me bañaré gustoso
 —*y llene la tinaja*
 «¡ Mujer ! ; mira mi pecho desgarrado
 —*¿Se cose esto a pespunte?*
 «mira mi rostro en lágrimas deshecho
 —*¡ Jesús, qué hilo tan gordo !*
 «¡ Mujer ! O ten piedad de un desgraciado
 —*Corta sin duelo al viés*
 «o el duro acero clavaré en mi pecho.
 —*Dónde están las tijeras ?*

«Por este estilo —añade *Fray Gerundio*— prosiguió toda la lectura, debiendo quedar sin duda altamente satisfecho el poeta de la atención e interés con que era escuchado, o al menos, de la oportunidad de las interrupciones».

Y termina así el satírico Lafuente :

«Yo, *Fray Gerundio*, siento que en el *Teatro Social* se den tales muestras de la decadencia de la poesía».

A S A D O R E S Y P E R R O S

(34) Lo de dar vueltas al asador, metiendo a un

perro en una jaula circular, lo cuenta el Barón Charles Davillier en su «Viaje por España».

Davillier dedica un capítulo de su libro a examinar los absurdos propalados sobre España y los españoles por los escritores extranjeros, y comentando la afirmación de Alejandro Dumas de que en Madrid era desconocido el uso del asador, escribe:

«¿Por qué quiere hacer creer el autor de *Montecristo*, a los que no han estado en España, que el uso del asador se desconoce en Madrid, cuando no hay, por así decir, *fonda* o *parador* de pueblo que no posea uno de estos utensilios?

Incluso habría podido describir el ingeniosísimo aparato que usan en ciertas localidades para hacer voltear al asador por un perro, al que se tiene la precaución de encerrar en una rueda, lo cual impide al pobre animal abandonar su puesto».

Y hablando de asadores y de infundios antiespañoles añadiré que Voltaire, viajero imaginario, dice que «cierta vez, en toda Pamplona no había más que un asador, y lo habían prestado para una boda». El mismo Voltaire escribió que para viajar en España hace falta llevar una cama; que al entrar en una ciudad hay que ir a una calle para comprar vino, a otra por un pedazo de mujol (un pez), y a una tercera calle para hallar una mesa donde comer. (Leo Claretie *«Histoire de la literature française»*, tomo 2.º, pág. 22. Citado por J. Gárate).

EL LIBRO DEL BARON DE LA MOTTE

(35) En el año 1835, el Barón de la Motte, oficial francés retirado, publicó en París su libro *L'Espagne*.

Hablando de Vitoria repite lo que dice Laborde y añade que la ciudad tiene alrededor de 12.000 habitantes. Posee una biblioteca, una escuela de dibujo,

un gabinete de medallas, muchas fábricas de armas blancas, de cueros y de utensilios de cocina.

«Los habitantes son activos e industriosos. Es una de las ciudades de España donde las costumbres francesas están más generalizadas. Constituye un punto central interesante por su posición geográfica y por el gran número de carreteras que afluyen a ella.

Las aldeas de sus alrededores pueden servir de excelentes acantonamientos. Todo el territorio muestra una agricultura de las más florecientes ; se asegura, sin embargo, que se nota en la atmósfera un enfriamiento progresivo que es contrario a determinados cultivos».

EL PRINCIPE SCHWARZENBERG Y EL HECHIZO DE ESPAÑA

(36) El príncipe Federico - Carlos Schwarzenberg, en su *Libro de las andanzas de un lasquenete despedido*, Viena, 1844-48, confiesa que las lecturas de Goethe y de Schiller agudizaron su inquietud y le llevaron a guerrear en Argel y en España, «país donde se reza y se asesina, donde los soldados manejan el incensario y los curas el fusil».

«Me gustaría visitar la tierra donde aún se sabe amar, odiar y creer. Allí donde se canta el *Stabat mater* a los acordes del órgano, entre nubes de incienso ; allí donde, entre perfumes de azahar, se baila la jota y la cachucha ; donde la morena *mañola* lleva la navaja en la liga ; donde el capuchino se transforma de pronto en valiente guerrillero sobre las ruinas de Zaragoza, con su trabuco o su escopeta ; allí donde el majo se convierte en héroe de leyenda, y hasta el tipo del malhechor se toma como modelo y atrae al público en los teatros provincianos. ¡Sí, allí he de ir ! Allí quiero rezar, reñir,

bailar, aspirar el perfume de los jazmines y de la pólvora, escuchar los acordes de la guitarra y del órgano y el estampido de los mosqueteros, ver facciosos, *mañolas*, capuchinos y guerrilleros».

VELOCIDAD DE NUESTRAS DILIGENCIAS

(37) Ricardo Ford, en su libro *Gatherings from Spain* («Cosas de España—El país de lo imprevisible»), publicado en Londres hacia 1846, dice, aludiendo a sus viajes por nuestra patria en los años 1830-33, que «los postillones españoles, especialmente si se les paga bien, conducen a paso muy vivo, muchas veces al galope, y no se detienen fácilmente, ni aun cuando así lo deseé el viajero; parece que no alientan otro afán que llegar pronto a su destino para gozar de la delicia de no hacer nada. Cuando el ganado arranca, el pasajero se siente lo mismo que una lata atada a la cola de un perro rabioso o a una cometa».

Alejandro Dumas, en su libro «De París a Cádiz» afirma que la diligencia española es mucho más rápida que la francesa, gracias a la trinidad que la rige. (Alude al mayoral, al postillón y al zagal.)

Y añade: «Un coche con zagal es el águila en persecución de la nube; es el viento empujando al torbellino».

Por su parte Carlos Dembowski en su obra «Dos años en España y Portugal», después de describir el personal de las diligencias (mayoral, zagal, postillón y escopeteros) y sus trece mulas, esquiladas en forma extraña, dice: «Por el ruido que se arma cuando la diligencia se pone en movimiento, creeríais que se lanza una jauría de perros en persecución de algún rey de las selvas».

Habla luego de los apóstrofes y latigazos que

lanzan el zagal, el postillón y el mayoral, y termina :

«Gracias a estos apóstrofes, a los chasquidos de los látigos, a las piedras y al admirable volteo del zagal, nuestra diligencia española camina tan bien como las mejores galeras inglesas, cuando el camino lo permite».

DEFECTOS Y VIRTUDES DE ESPAÑOLES Y VASCOS SEGUN LOS EXTRANJEROS

(38) Roscoe no hace sino aplicar a los tipos que vió en la Plaza de Vitoria las características del hombre español que habían sido apuntadas por los viajeros anteriores ; a saber : la pereza y el orgullo.

En el año 1827 pasó ocho meses en España el célebre poeta norteamericano H. W. Longfellow, quien escribió que los rasgos salientes del carácter español eran : un noble orgullo de nacimiento, una supersticiosa devoción por los dogmas de la Iglesia y una nativa dignidad que se muestra incluso en las cosas molientes y corrientes de la vida. «El orgullo castellano —escribe Longfellow— es proverbial. Un mendigo se envuelve en su capa andrajosa con toda la dignidad de un senador romano. Y el arriero cabalga en la bestia de carga con aire de gran señor». (Datos del libro de Farinelli «Viajes por España y Portugal».)

Sin embargo, todos los que han calado un poco en la esencia de España han distinguido siempre al pueblo vasco del español propiamente dicho.

Recordemos lo que en 1830 decía el alemán Víctor Aimé Huber, cuyo juicio aparece en la nota segunda.

M. Link, en su «Viaje a Portugal desde 1797 hasta 1799» (París, 1803), escribe a este propósito : «Se haría gran injuria a los Vascos si se les con-

fundiera con los otros habitantes de España ; ellos se distinguen por una mucho mayor vivacidad y una mucho mayor pulcritud en el exterior. Existe poca diferencia entre ellos y los franceses, a pesar de que el bello sexo no es tan hermoso como en Francia ; las mujeres en su mayoría tienen la figura bastante ordinaria. Llevan un pañuelo alrededor de los cabellos como las portuguesas, con las cuales tienen en general mucho parecido en cuanto a la educación y a la jovialidad».

Años antes, en la obra *Etat politique, historique et moral du Royaume d'Espagne l'an MDCCCLXV* (*Revue Hispanique*, tomo 30) se lee hablando de los vascos, a los que se incluye bajo el nombre de vizcaínos :

«Los Vizcaínos constituyen la más hermosa y la mejor Nación de España. Son altos, bien proporcionados, sanguinosos, de hermoso cutis y color, espirituales, industrioso, valientes y de buena fe. Son muy diestros para todos los ejercicios corporales. Aman la guerra y son, sobre todo, muy hábiles marinos : los mejores oficiales de Mar en España son Vascos, pero no se les asciende y no se les quiere. Ocupan también las Oficinas y muchas plazas de Judicatura. Se les apoda los Gascones de España, porque emplean la intriga y saben bien salir de apuros».

El irlandés Jorge Borrow, en su libro «La Biblia de España» dice de los vascos que son hermosos, ágiles y fuertes. «Su bravura es indiscutible y pasan por ser los mejores soldados con que cuenta la corona de España ; hecho que en gran parte corrobora la suposición de que son de origen tártaro (!), la raza más belicosa de todas, y la que ha producido los más famosos conquistadores».

Añade que son fieles y honrados, bondadosos y hospitalarios. «Pero son un tanto lerdos, y su capacidad no es ni con mucho de primer orden, en lo cual se parecen también a los tártaros».

Aun cuando *don Jorgito* tuvo la suerte de encontrar en Madrid un fiel criado vasco (que se llamaba Francisco y era de Hernani) dice que éste le trataba de tú a tú. Los hombres de Vasconia —observa Borrow— aborrecen la servidumbre, y si se ven forzados a servir, lo hacen de mayordomos, secretarios, tenedores de libros, etc. Por el contrario, las vascongadas no oponen reparos a entrar de criadas. Aunque los vascos «no las miran con la debida estimación», son muy despiertas y agudas, y tienen en general más talento que ellos. «Son famosas cocineras, y en todas las casas importantes de Madrid una vizcaína ejerce el supremo empleo en el departamento culinario». (Obra citada, tomo 3.^o, cap. 37).

EL LIBRO DE MAGNIEN. LOS CLIENTES DEL PARADOR Y LA AVENTURA DEL ALBAÑIL

(39) En el año 1837 se publicó en París el tomo *La Biscaye et les Castilles* de la serie titulada *Excursions en Espagne ou chroniques provinciales de la Péninsule par Edouard Magnien*.

La obra aparece ilustrada con los grabados que hizo David Roberts para la obra de Tomás Roscoe, y su texto deja ver claramente que fué escrita copiando libros de diversos viajeros, especialmente de Roscoe, a quien traduce literalmente en muchos pasajes.

En el capítulo dedicado a Vitoria, Magnien aprovecha algunas de las observaciones de Roscoe, pero añade otras originales y alusivas al tiempo de su viaje (fines de 1836). El texto es tan interesante, que he creído oportuno traducirlo casi por entero. Dice así:

«La posición de Vitoria en la convergencia de muchas rutas procedentes de diversas provincias, antes reinos, le proporciona diariamente multitud



de huéspedes, tan distintos de traje como de carácter, y los acontecimientos presentes (alude a la guerra civil) contribuyen no menos a aumentar el movimiento, el ruido y la afluencia de gentes, que dan a la ciudad, incluso en los días más apacibles, el aspecto de un parador de caravanas oriental...

Algunas calles están bordeadas de grandes árboles, y la Florida, soberbio paseo en torno a los suburbios, ofrece con el de nuestro Dijón un asombroso parecido que completan todavía más la perspectiva y la configuración de las montañas circundantes.

En la Plaza Mayor se celebra el Mercado público, y en ella, como en los pueblos de Judea, se reúnen los obreros sin trabajo de los alrededores, provistos de las herramientas de su oficio, para alquilar sus brazos a los labradores. (Esta observación la hizo también Roscoe).

Vitoria se jacta de poseer el mejor parador de toda España. Aunque a decir verdad, esto no promete mucho en tal país; el hecho es, sin embargo, que el servicio de este vasto establecimiento puede ser comparado al de una pasable y grande posada de camino de Francia o de Inglaterra. En él, al menos, si le decís al patrón :

—*¿Qué tiene usted de bueno?*

no os responderá, con aire indolente y tono arrastrado, como en las posadas ordinarias :

—*Lo que ustedes hayan traído.*

Si penetráis al anochecer en la espaciosa cocina del Parador de Vitoria, apercibiréis, a través de torbellinos de humo de cigarros, grupos mezclados de Vizcaínos, Castellanos, Navarros, Gallegos y Catalanes, platicando sobre los asuntos del país en coloquios donde los gestos dicen más todavía que las palabras. Aquí un robusto aragonés, marcado con una cuchillada que data de las guerrillas de la Independencia, cubierto con un *capusay*, cuyo ca-

puchón, cayendo sobre sus espaldas, deja ver un pequeño gorro de piel de oveja del que escapan espesos tufos de cabellos negros y lisos, enciende con gravedad su cigarrillo en el de un chalán andaluz en traje de camino, con sombrero gacho y polainas de cuero guarneidas de largas espuelas de plata, el cual ha atravesado la mitad del Reino para ir a reclamar ante Don Carlos las bestias *pura sangre* de su cuadra que el avisado General Gómez le robó últimamente en Córdoba.

Allá, un burgués arruinado de Bilbao, cuya casa se desplomó bajo los obuses del Pretendiente, se lamenta del rigor de los tiempos ante un comerciante de Madrid, cuyos almacenes fueron saqueados por el populacho al día siguiente de la intentona de San Ildefonso (*). Más lejos, en un rincón sombrío, un contrabandista de tez cobriza y velludos brazos, con capotón oscuro, calzones de terciopelo negro, faja roja y alpargatas, devora silenciosamente una espalda de carnero, sin quitar el ojo de su carabina, como un lobo famélico de los Pirineos.

En otro rincón, un grueso *gentleman* de la Gran Bretaña que va a alistarse en la Legión de Lacy Evans, comparte su sangrienta tajada de buey y sus principios radicales con un pobre estudiante de Salamanca, cuyo traje en derrota, cruelmente raído, atestigua viejos servicios, pero cuyas ideas, más jóvenes y enteras, le hacen soñar en un porvenir de renovación social, que él cree próximo para su Patria, y que le hará tomar, al salir de las aulas, su parte activa de gloria o de martirio.

El resto de la reunión se regocija con las incitaciones, los festivos dichos y el buen humor de vivarachas criadas vizcaínas, de grandes ojos húmedos y relucientes como los que se ve en los cuadros

(*) Alude a la sublevación de los sargentos, conocida con el nombre de «Motín de la Granja», que ocurrió el 12 de Agosto de 1836.

de Murillo, y con un traje bien calculado para hacer resaltar la gracia de sus formas, pero cuya charla, ayudada por un par de pulmones montañeses, tiene ese tono ensordecedor y ese locuaz desparpajo característico de las españolas.

De repente, entre todos los comensales de la inmensa cocina se produce un gran movimiento, inmediatamente seguido de un triste silencio: es que un fuerte destacamento de soldados de la Reina Gobernadora llega en este momento al Parador, escoltando a una tropa de facciosos cautivos, destinados, según se dice, a ser pasados por las armas.

Quizá mañana mismo este destacamento de cristinos será una tropa de rebeldes que los voluntarios carlistas de Navarra o de Guipúzcoa conducirán a Durango con el mismo objeto, porque cada uno de los bandos en lucha apoda a sus contrarios de *facciosos y de rebeldes*.

Más adelante, nuestro escritor, hablando del clima de Vitoria, dice que «a pesar de la vecindad de las montañas que limitan el horizonte hacia el Norte, es templado, dulce y sedante». Y añade:

«También esta ciudad es el primer punto donde empieza a manifestarse la propensión endémica a la apatía, a una especie de somnolencia y a esa despreocupación por el mañana que en la Península forma un rasgo tan pronunciado del carácter nacional, principalmente entre las clases bajas, donde las débiles tentativas de un nuevo orden de cosas no han conseguido hacer brotar todavía el deseo ni incluso la idea de una mejora material o intelectual».

A continuación del capítulo dedicado a Vitoria, Magnien publica una historieta vitoriana que titula «Aventura del albañil Núñez o La Fortuna llega durmiendo». Esto de introducir leyendas más o menos históricas estaba entonces muy de moda, y sería curioso averiguar qué hay de cierto en la que publica nuestro viajero.

La narración es larga, pero yo la he extractado lo más posible, reduciéndola a lo esencial. Hela aquí :

Vivía en Vitoria un albañil que arrastraba una vida miserable. Una noche, cuando estaba durmiendo, llamaron a su puerta. Era un fraile pálido y flaco que misteriosamente le preguntó :

—¿ Estáis dispuesto a realizar un trabajo a estas horas ?

—Si lo pagáis...

—Os juro que lo pagaré bien ; pero es preciso que me sigáis adonde os lleve con los ojos vendados.

Aceptó el albañil, y el fraile le condujo, a través de intrincadas callejas, a un caserón, y dentro de él a un patizuelo débilmente alumbrado, en cuyo centro se alzaba una fuente ruinosa.

El trabajo consistía en construir una pequeña bóveda debajo de la fuente, y el operario trabajó durante algunas horas, aunque no pudo terminar la labor.

Poco antes de amanecer, el fraile puso en sus manos una moneda de oro y, vendándole los ojos de nuevo, le condujo a su casa.

—¿ Querríais proseguir mañana el trabajo ?

—Con mucho gusto —aceptó Núñez.

Y en igual forma que en la noche anterior, fué conducido al patio, donde acabó de construir el escondite.

—Ahora —dijo el fraile— ayudadme a trasladar a esta cueva los objetos que han de ser enterrados.

«Núñez siguió a su guía. En una sala baja y apartada del misterioso caserón se ofrecieron a su vista los cuerpos yacentes de tres hermosas damas... ¡ Sí, lector !, de tres soberbias damajuanas o cántaras de barro tumbadas en tierra en un rincón. »

Por su peso, las vasijas debían de estar llenas de monedas de oro o de plata. Las depositaron en el escondrijo, y cuando éste quedó tabicado y oculto

bajo las losas que rodeaban el pequeño estanque, Núñez volvió a ser conducido a ciegas hasta su domicilio, donde el fraile, después de darle dos monedas de oro, le advirtió :

—Olvidad lo que ha ocurrido entre nosotros y tened en cuenta que si osáis descubrirme lo pasareis muy mal.

Núñez, que, entre paréntesis, había creído sentir el mango de un puñal bajo los hábitos del fraile durante el largo recorrido, tuvo muy en cuenta la amenaza.

.....
Pasaron los años. El albañil se llenó de hijos y no logró salir de su indigencia. Hasta que un día se presentó en su misera vivienda un viejo y pícaro usurero, dueño de muchas casas en la ciudad, el cual le dijo :

—Amigo, parecéis muy pobre.

—Y lo soy, por desgracia.

—¿ Estaríais dispuesto a trabajar ?

—Ya lo creo.

—Pues bien. Tengo una casa que se cae de vieja y que me cuesta repararla casi tanto como lo que vale. Por otra parte, no hay quien quiera habitarla, ni consigo que nadie me la compre. ¿ Os interesaría vivir en ella ? Quiero que la veáis.

—Vamos allá.

El albañil fué conducido ante una casona deshabitada y ruinosa. Después de atravesar varias estancias, encontróse ante un patio interior con una vieja fuente en medio. Núñez reconoció la fuente y preguntó al avaro :

—¿ Quién vivió últimamente en esta casa ?

—¡ La peste sea con él ! Era un viejo canónigo que pasaba por inmensamente rico y que, no teniendo herederos, pensaba dejar todos sus bienes a la Iglesia. Murió de repente y los curas corrieron a su casa buscando el testamento. Pero ni testamento ni

nada ; unos pocos ducados en una bolsa. Los vecinos dicen haber visto fantasmas, y aseguran que por las noches se oye en la habitación donde murió el canónigo un ruido de monedas de oro que él cuenta interminablemente, exhalando de cuando en cuando largos gemidos. Debido a esto, nadie se atreve a habitar la casa.

—Basta. Permitidme vivir en ella sin pagar renta hasta que encontréis inquilino, y yo me comprometo a repararla y a dejárosla limpia de fantasmas de frailes, sean blancos, grises o negros.

Desde que Núñez se instaló en la casona con su familia y puso manos a la obra, huyeron los espes-
tros, cesó el ruido del oro en el cuarto del canónigo, y la ruinosa finca fué transformada en edificio hermoso.

El antes miserable albañil se convirtió en uno de los hombres más ricos del País Vasco. Donó a la Iglesia una considerable suma de dinero para aplacar ciertos escrúpulos de conciencia, y sólo en el lecho de muerte reveló a su hijo mayor el secreto del escondrijo bajo la fuente.

Este hijo, hoy único superviviente de la numerosa familia y heredero universal de su padre, consiguió un título de nobleza. Aunque originario de una provincia donde Don Carlos ha reclutado sus más ardientes defensores, se alistó, sin embargo, bajo la bandera constitucional. Diputado a Cortes, más que por su talento, por su opulencia y relaciones sociales, ha figurado en las combinaciones ministeriales del Gobierno de la reina Cristina.

Se dice que, ya sea por política o por disposición hereditaria, duerme más todavía que habla en las sesiones del Parlamento, y que los bienes de este mundo le han llegado durante las horas del sueño, lo mismo que al autor de sus días ; porque fué de noche cuando un propio le llevó la noticia de su elección para representante en Cortes, viva-

mente disputada; en otra ocasión, interrumpieron su siesta para ofrecerle una cartera ministerial, y es para muchos indudable que en el Palacio de los Sueños será donde reciba pronto la noticia de su nombramiento para la Presidencia del Consejo, suponiendo que este alto puesto sea uno de los bienes de este mundo en tiempos de discordia como en tiempos de paz.

Al acabar de leer esta historieta me preguntaba yo: ¿Quién sería este político alavés, diputado y exministro, cuyo nombre sonaba en el año 1836 para Jefe del Gobierno?

Por la época en que Magnien publicó su libro figuraban —que yo sepa— en la política española dos alaveses, a saber: don Manuel Ricardo de Alava, que en Junio de 1836 fué nombrado ministro de Marina en el Gabinete de Toreno (cargo del que no se posesionó por encontrarse en Inglaterra); y don Salustiano de Olózaga, que había sido gobernador civil de Madrid el año 35 y que al año siguiente fué elegido diputado por Madrid y Logroño.

Olózaga, como es sabido, nació en Oyón (Rioja alavesa) y era hijo, no de un pobre albañil, sino del médico de dicho pueblo.

Es muy posible que el relato de Magnien sea todo él fantástico.

ASPECTO DE VITORIA DURANTE LA PRIMERA GUERRA CIVIL

(40) El escritor vitoriano don Eduardo Velasco López Cano, en su libro «Crónicas y biografías alavesas» (Vitoria, 1910), describe así el aspecto animado y cosmopolita que ofrecía Vitoria en los años de la primera guerra civil:

«Durante el período de la guerra habíase visto nuestra ciudad animada de ese movimiento y acti-

vidad que traen consigo las operaciones militares, el paso de regimientos y de divisiones, la inmigración de gentes que huían de las poblaciones abiertas, la concurrencia de bagajeros y abastecedores, el ruido y confusión de bandas de música, tambores y cornetas, escuadrones y baterías; todo ese bullicio propio de una vida agitada y febril, que al disiparse luego, deja el cuerpo social débil y anémico, bien así como el del individuo queda postrado después de un prolongado acceso de calentura.

Veíanse en las calles de la población soldados ingleses y portugueses haciendo vida de campamento, caballos sueltos buscándose el sustento en una brizna de yerba, mujeres y criaturas extrañas que acompañaban en su bélica expedición a los hijos de la Gran Bretaña».

Los voluntarios portugueses dejaron en Vitoria recuerdo de su paso. Baráibar, en su «Vocabulario de palabras usadas en Alava» (página 117) anota la palabra *falar*: hablar con petulancia o fanfarronería, y dice que esta voz «más bien que arcaísmo, quizá sea remedio irónico del modo de hablar de los soldados portugueses que, durante la primera guerra civil carlista, permanecieron algún tiempo en Vitoria».

UN LIBRO INGLES SOBRE VASCONIA

(41) El libro se titula «Diseños de las Provincias Vascas de España», dibujados y litografiados por Sydney Croker y Bligh Barker (Londres, 1839) y en él se lee:

«Situada (Vitoria) en los confines de varias provincias, anteriormente reinos, esta ciudad se ve generalmente llena de una población mezclada, cada individuo de la cual presenta alguna peculiaridad de traje o aspecto».

Añade que en la Plaza tiene lugar el mercado «donde se reúnen los labradores sin ocupación, cada cual con las herramientas de su especialidad, solicitando empleo, como antiguamente en las plazas de mercado en Judea», observación que consignaron en sus libros anteriormente Roscoe y Magnien.

*EL BAILE DE LOS PEQUEÑOS VASCOS
EN LOS BRAZOS DE SUS NIÑERAS*

(42) Josep Agustín Chaho, en su «Viaje a Navarra durante la insurrección vasca», traducido por Justo Gárate (Bilbao, 1933) dice, (página 202), aludiendo a la costumbre de que las niñeras bailen a los niños :

«La danza es la diversión favorita de los vascos. La *karrika-dantza* (danza de las calles), reúne a todos los habitantes de un pueblo, jóvenes y viejos. La ley prescribe que las amas de cría figuren teniendo en brazos a los niños de teta, porque el ruido jovial de las fiestas de la patria debe resonar temprano en el oído del vasquito».

*INDUMENTARIA DE LOS ALAVESES
EN LA EPOCA ROMANTICA*

(43) Don Antonio de Iza Zamácola, en su artículo «Costumbres Vascongadas.—Usos y trajes populares», publicado en el «Semanario Pintoresco Español» del 13 de Octubre de 1839, pág. 325, escribe :

«Los alaveses se resienten también, aunque poco, de los trajes de Castilla. Los hombres usan calzón o pantalón con abarcas, chaqueta y sombrero, ya gacho o de copa alta; y las mujeres, vestido plegado, abarcas, pañuelo al cuello, prendido muy alto,

otro en la cabeza, colocado como un gorro, y algunas llevan una especie de esclavina o capotillo corto hasta la cintura, o bien unas mantillas redondas».

LINEAS Y EMPRESAS DE DILIGENCIAS

(44) Las diligencias datan del tiempo de Carlos IV. En el año 1788 se estableció un servicio de coche-diligencia desde Madrid hasta Bayona, pasando por Valladolid, Burgos y Vitoria, cuyo recorrido realizaba en seis días durante el verano, empleando algún tiempo más en el invierno; pero esta empresa se abandonó al cabo de poco tiempo por causas desconocidas.

En el año 1821, la empresa titulada «Diligencia-Correo» planteó el servicio de Madrid a Bayona por Somosierra, Burgos y Vitoria.

En 1829 la empresa conocida con el nombre de *Tutor* creó con el título de *Lechuguina* un servicio de diligencias desde Madrid a Vitoria, que suspendió al año siguiente.

Y en el mismo año 1829 la compañía titulada «de Caleseros de Burgos», que desde 1828 hacía el servicio de galeras aceleradas entre Madrid y Burgos, estableció un servicio de diligencias en la misma línea hasta Vitoria, extendiéndola en el siguiente año hasta Bayona, planteando al mismo tiempo la de Burgos a Valmaseda, y las de Bilbao a Vitoria y Vergara, cuyos servicios sostuvo hasta Octubre de 1833.

En 1832, la «Compañía de Reales Diligencias» planteó las líneas secundarias de Vitoria y Tolosa a Pamplona, y en 1840 la compañía de «Diligencias Generales» estableció el servicio de Vitoria a Bilbao.

A fines de 1839 se reorganizó la disuelta Compañía de Caleseros de Burgos, restableciendo el servicio de diligencias en la carrera de Madrid a Ba-

yonia. Esta Compañía se unió a la de Diligencias Generales y desde Noviembre de 1841 adoptó el título de *Diligencias Generales y de Caleseros de Burgos, unidas*.

(Datos del libro «Manual de Diligencias», de Antonio Gutiérrez González. Madrid, 1842).

*LOS GABINETES DE LECTURA VISTOS
POR SANCHEZ MAZAS*

(45) El escritor bilbaíno Rafael Sánchez Mazas, en un trabajo titulado «Vaga memoria de Cien Años» (suplemento literario de la revista «Vértice», Febrero, 1940), dice hablando de los «Gabinetes de Lectura» :

«Entre el año 30 y el año 40, buena parte de Europa se puebla de sociedades de recreo y gabinetes de lectura. Es mitad un repliegue de las academias, mitad un repliegue de los salones. Ha cambiado el olor del mundo y hay como una tregua melancólica entre la reacción y la revolución, una penumbra entre moderada y progresista, una especie de quietismo desengañado, después de las locuras napoleónicas, los cien mil hijos de San Luis y la perdida de Ultramar, las matanzas de frailes, los pronunciamientos y los fusilamientos, la guerra civil y toda la política de las logias y las camarillas...

A la luz de los velones de aceite, al pie de los cansados espejos, en los divanes, frente a los atriles de la sala de lectura, junto a las empolvadas vidrieras, hay «caballeros desengañados»...

Las sociedades de recreo y los gabinetes de lectura eran repliegue de salones y academias. En algo prolongaban sin alegría el siglo XVIII y en algo iniciaban sin ilusión el siglo XIX. El mismo progreso entrustecía con sus locomotoras, sus barcos de vapor, sus pararrayos, su sistema métrico decimal

y sus triciclos. Pero todo lo que está en sombra tiene un sueño dorado ; todo lo que parece gris por fuera, tiene por dentro algunas ilusiones radiantes. Quedaba aún una ilusión secreta en el fondo de los gabinetes de lectura y de las sociedades de recreo. Querían alguna vez ser «ascuas de oro», volver a las antiguas noches de baile, a los minués, a las gavotas, a la «quadrille» de honor, al intermedio, al mágico rondó de Cimarosa, para cubrir el diálogo de los idilios».

EL DUQUE DE BROGLIE Y LAS MENTIRAS Y EXAGERACIONES DE LOS FRANCESES

(46) Acerca de las exageraciones y mentiras de los viajeros franceses, el Duque de Broglie, que peleó en España cuando la Francesada, escribe en el libro de sus «Memorias» :

«Para decir toda la verdad no basta querer ; precisa ante todo tener buena memoria ; precisa, especialmente, saberse defender del instinto *completamente francés*, que lleva a producir efecto y a arreglar los acontecimientos de una manera artística».

TEOFILO GAUTIER Y SUS VIAJES A ESPAÑA

(47) Teófilo Gautier vino en el mes de Mayo de 1840. Lo dice él mismo en la primera línea de su «Viaje a España», publicado en el año 1846, por lo que es muy extraño que Azorín, en su libro «Lecturas españolas», afirme que Gautier vino a España por vez primera en el año 1846, con ocasión de unas bodas reales. Este fué su segundo viaje. Volvió a nuestro país en el año 1855 acompañado por Gustavo Doré y por el periodista Pablo Dalloz. Y todavía

visitó España por cuarta vez en el año 1864, con motivo de la inauguración de la línea ferroviaria Irún-Madrid.

Cuando vino por primera vez a España en el año 1840 tenía 29 años. Era alto, nervioso, comunicativo, desbordante. Aunque su rostro era moreno, feote y tenía la nariz aplastada, sus ojos relampagueaban de inteligencia. Llevaba una melena larga que le caía hasta los hombros. Era la misma melena con la que diez años antes había asistido al estreno de «*Hernani*», cuando para llamar más la atención se puso una levita «entre rosa vivo y carmesí», como cuenta en su *Histoire du Romantisme*.

Era hombre muy voraz; su apetito no se saciaba nunca. Y aun cuando había nacido en Tarbes, al pie de los Pirineos, era muy friolero. Verdad es que la primavera de 1840 fué bastante glacial. A pesar de ser Mayo, había nieve en las montañas que vió camino de Vitoria.

Antes de venir a España en 1840 había viajado por Bélgica y Argel.

La escritora francesa Gilberte Guillaumé Reicher, que ha estudiado el viaje a España de Gautier (y el de Víctor Hugo por el País Vasco), dice que se conserva el cuaderno de apuntes en que el genial escritor romántico fijaba sus impresiones directas sobre la marcha, con palabras y con modestos dibujos, casi infantiles, con los que pretendía retratar lo más característico de sus visiones».

Gautier había empezado siendo pintor para transformarse más tarde en poeta, novelista y viajero. Su literatura es una literatura de pintor, llena de fuerza y de cromatismo, y sus libros de viajes parecen el álbum de un artista que va dejándonos sus impresiones de una manera rápida, directa y colorista. Nadie tan colorista como él, tan amigo como él de captar en sus libros el «color local».

Gautier vió a España en su paisaje principalmen-

te, y su obra es una serie de descripciones pictóricas. No le interesa lo español, sino España. «En Gautier, España es un país sin hombres, sin habitantes ni multitudes», dice Azorín en su libro «Entre España y Francia».

Gautier volvió a visitarnos por segunda vez en el año 46, con ocasión de las bodas de Isabel II y de su hermana. Vino representando al periódico parisino *La Presse*.

«Las impresiones de su cuarta excursión a nuestra patria en 1864 aparecen recogidas en su libro *Quand on voyage*. A los veinticuatro años de su viaje primero, el recuerdo de una mala noche pasada en Vitoria persiste todavía en él, puesto que acepta ir a dormir a Villarreal antes que a Vitoria. Pero al día siguiente marcha a la capital alavesa para ver la corrida de toros, y encuentra una ciudad animada y alegre por la fiesta. Esta vez, sin embargo, es la descripción de la corrida la que retiene toda su atención. (Véase la nota 69).

LAS FAJAS ESPAÑOLAS Y LAS IRRITACIONES INTESTINALES

(48) El consejo de «lleven fajas para abrigarse el vientre» que, según Teófilo Gautier, se hacía a los viajeros antes de entrar en España, obedecía a la creencia de que en los climas cálidos son muy frecuentes las irritaciones intestinales.

A propósito de esto, resulta sumamente peregrino lo que dice el inglés Ricardo Ford en su libro «Cosas de España».

Ford viajó por España en los años 1830-1833, y años más tarde (el 36) publicó su citado libro, que fué el *Baedeker* de los ingleses durante el siglo último. El libro, donde nuestra Patria queda muy malparada, constituye una serie interminable de con-

sejos : consejos para viajar, para comer, para buscar criado, para comprar un caballo, para hacer un *cocido*, para aderezar un buen gazpacho, etc.

Ford no se cansa de dar consejos a los ingleses que se decidan a visitar España. Pero entre sus admoniciones figura una, muy singular, relacionada con las irritaciones intestinales, la faja y los crepúsculos vespertinos de la Meseta central. Dice así nuestro inglés :

«Otro efecto digno de tenerse en cuenta de esta planicie central es la completa oquedad y enrarecimiento del aire, que suele ser muy perjudicial para los extranjeros ; la puesta del sol, que es muy tentadora en un país cálido, produce fácilmente oftalmías, irritaciones intestinales e inflamaciones y trastornos pulmonares y de otros órganos vitales. Estas causas —añade— pueden producir la pulmonía, enfermedad que en pocos días acaba con el individuo y que es la plaga de Madrid».

Si volvéis a leer este párrafo caeréis en la cuenta de un «gazapo» de Ford. Me refiero a su afirmación de que las oftalmías y las irritaciones intestinales son causas que pueden producir la pulmonía.

Pero dejando aparte el lapsus. Que una puesta de sol madrileño pueda causar irritaciones en el intestino me recuerda lo que un brigadier que escribió un libro sobre Navarra dice acerca de la afición a la bebida que impera en la Ribera del Ebro :

«El abuso que se acostumbra hacer del vino, aguardiente y manjares crasos da lugar a no pocas inflamaciones (*).

Parece que va a decir a pendencias, a reyertas, a puñaladas, y suelta eso de las inflamaciones, que nos deja un tanto perplejos.

Pero volviendo a Ford. Contra las oftalmías no señala remedio. En su tiempo eran desconocidas las

(*) «Itinerario descriptivo de Navarra», por el Brigadier Don Antonio Ramírez Arcas. Pamplona, 1848.

gafas ahumadas. Pero contra las irritaciones intestinales producidas por los crepúsculos de la Meseta da el remedio hojas más adelante. Es al hablar de la típica faja que llevan los zagallos de las diligencias. «Esta faja —dice— es la antigua *zona romana*; sirve también como bolsa, ciñe las caderas y abriga el vientre, lo cual es muy beneficioso en los climas cálidos y evita la *predisposición a las irritaciones intestinales*. En la faja —añade— se guarda la navaja, que forma parte integrante del español».

LA CUESTA DE SALINAS DE LENIZ, TERROR DE LOS VIAJEROS

(49) Hablando de la Cuesta de Salinas de Léniz o Puerto de Arlabán, dice el Barón Charles Davillier en su «Viaje por España», publicado en 1874:

«Esta cuesta, terror de los viajeros, sólo podía franquearse con la ayuda de media docena de bueyes, que se colocaban delante de las diez o doce mulas de la diligencia. Y sólo a fuerza de latigazos y de agujonazos se podía llegar a la cumbre, entre un ensordecedor alboroto de gritos y juramentos».

LO QUE DEMBOWSKI ESCRIBE DE VITORIA EN LA POSADA DE SALVATIERRA

(50) Carlos Dembowski es un escritor ameno, pintoresco y bastante documentado. Su libro «Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil 1838-1840» resulta delicioso y muy interesante. Me extraña que el nombre de este escritor no figure en la «Enciclopedia Italiana», donde traté de encontrarlo.

Justo Gárate, en su libro «Viajeros en Vasconia», le supone hijo del general polaco Juan Bautista Dembowski y de Matilde Viscontini, dama lombarda, amiga de Hugo Fóscolo y de Stendhal.

Su libro sobre España y Portugal está formado por cartas familiares que dirigía a las señoras condesa de Bouska, Viscontini y Mujelob; a los señores Mérimée, Stendhal, y a los barones Treechi y de Maresté.

El 3 de Octubre de 1840, Dembowski escribe sus impresiones de Vitoria desde la posada de Salvatierra de Alava. «La posadera de Salvatierra —dice— ha rociado el tintero con agua de tal forma, que dudo mucho, hermosa señora, que lleguéis a descifrar a simple vista mis rasgos. Temo se os haga preciso cargar vuestra linda nariz con un par de anteojos».

Le cuenta luego que el día anterior entró en Vitoria, no sin haber sufrido antes una visita rigurosa por parte de los aduaneros; que Vitoria debe su importancia y su aspecto animado a que es el lugar de tránsito de todo el comercio que se hace entre España y Francia; que posee una magnífica plaza donde se celebran habitualmente los mercados, y en ocasiones las corridas de toros, por lo cual, todos los balcones de sus edificios están numerados, y el municipio los alquila como verdaderos palcos, prohibiendo permanecer en su casa incluso a los dueños de los balcones cuando se niegan a comprar el permiso.

La catedral —añade nuestro autor— posee una deliciosa Virgen de Murillo. Y en el armario grande de la sacristía puede verse una composición lírica escrita en las hojas que lo cierran y con este encabezamiento: «Este es un laberinto en honor del apóstol Santiago. Se puede leer de tres maneras